

TERROR


escalofríos de
TERROR
RI

RALPH BARBY

LA PERRA ENCADENADA

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 21

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 978-84-7750-065-0

1ª edición: agosto, 1988

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

Imprime LIFUSA
Esplugues - Llob

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

La lancha de la policía avanzaba despacio y silenciosamente sobre las oscuras aguas del río, al sur de la ciudad. De vez en cuando se escuchaba el chap-chap de los remos.

—Allí, allí hay algo.

El joven agente estaba algo nervioso, aquélla era una de sus primeras misiones en la policía y su rostro se podía ver crispado a la luz de la luna mientras sostenía una potente linterna enfocando algo negro que flotaba en las aguas.

El barquero, embutido en un jersey negro de cuello alto, de lana excesivamente gruesa para él tiempo en que estaban, remó con fuerza, maniobrando hábilmente en dirección al bulto recién descubierto.

El veterano policía, endurecido por centenares de noches de vigilancia, estiró hacia el bulto la pértiga rematada con un gancho.

—Ya lo tengo.

Cada cual con su acción, los tres hombres hicieron que el bulto quedara pegado a babor de la barca.

—Es una mujer —dijo Simmel, el policía bisoño.

—Sí. Anda, ayúdame a subirla a la barca.

—Sí…

En su nerviosismo, Simmel dejó escapar la linterna que se fue al agua tras rebotar en la cabeza de la mujer que acababan de descubrir.

—¿Qué has hecho?

—Se…, se me ha caído —barbotó.

—Diablos, vigila bien, parece que éste sea tu primer cadáver.

—Es que lo es…

—Sólo faltaba esto. —Miró al barquero y preguntó—: ¿Puede

ayudarme?

—Hay que ir con cuidado. Si nos inclinamos todos a babor, la barca volcará y no tengo ganas de remojarme ahora —gruñó el barquero sin levantarse.

—Pues reme hacia la orilla; la arrastraremos hasta allí y luego la sacaremos.

—Eso me parece bien, en la orilla la sacaremos mejor. Seguro que ha sido un suicidio de paridera.

—Más respeto, ¿no? —objetó el joven Simmel.

Al llegar a la orilla, bajo la luz de la luna que brillaba gélida, casi maliciosa, sacaron el cadáver. El viejo encendió una cerilla e iluminó el rostro de la ahogada.

El barquero silbó.

—Era joven y bonita.

—Sí, una desgraciada.

—Tiene el vientre muy abultado y no creo que sea de tragar agua —rezongó el barquero.

El viejo policía le cortó tajante.

—Lo que sea ya lo dirá el médico forense. —Luego se encaró con Simmel—. Ve a avisar para que manden una ambulancia para recogería. Los niños que esta tarde la vieron flotar han tenido razón, no se trataba de una broma.

—Sí, enseguida voy a avisar.

Aquella noche la sirena intermitente de la ambulancia turbó el silencio del río.

La pasajera que transportaba ya no tenía prisa por llegar a parte alguna, había llegado a su destino definitivo; sin embargo, el conductor, por deformación profesional, seguía pisando el acelerador, provocando la inquietud por donde pasaba con su molesta sirena, cortando los sueños de los seres que dormían.

El joven Simmel, sentado dentro de la ambulancia, miraba el cuerpo sin vida cubierto por la sábana. El vientre abultado era ostensible; el cínico y escéptico barquero había tenido la razón.

Un giro del vehículo hizo que el cadáver se moviera y se destapó el rostro. El joven policía tuvo la impresión de que los ojos abiertos, vidriosos, le miraban y que la boca abierta de la mujer quería decirle algo. Bruscamente, sintió miedo; sí, la compasión se transformaba en auténtico miedo.

De aquel cuerpo comenzó a emanar un hedor que repugnaba y mareaba. Simmel, en medio de una mezcla de repugnancia y miedo, comenzó a tener arcadas.

—Qué peste, qué peste, me mareo.

El hedor no era algo psicológico por hallarse frente a un cadáver empapado por las aguas en las que estuviera flotando; era algo real, tangible, si es que un hedor nauseabundo podía ser tangible.

El agente no supo en aquel momento si eran efectos de su mareo, del que él mismo se avergonzaba por considerarlo propio de su inexperiencia, o es que realmente el vientre del cadáver se movió, primero despacio, después como impulsado por violentas contracciones. Y la ambulancia no estaba pasando por zona de baches…

Buscó la ventanilla para abrirla, necesitaba respirar y así lo gritó:

—¡Aire, aire, me ahogo…!

Miró hacia el conductor y su ayudante; vio que los dos también daban cabezadas, como narcotizados por aquel hedor inaguantable.

Chirriaron los frenos y después, la gran sacudida.

El cadáver saltó de la camilla contra el joven Simmel que gritó de espanto. Casi al mismo tiempo, un ruido sordo, metálico, y el estallido de cristales.

La sirena siguió sonando con su intermitencia y los faros se apagaron, empotrados contra el muro. Comenzaron a gotear los humores del motor, agua, aceite, gasolina… Un chorrito de combustible se inflamó y el motor comenzó a arder, las llamas envolvieron la ambulancia.

El depósito de gasolina estalló mientras las ventanas de los edificios próximos se abrían para ver qué era lo que había ocurrido en la madrugada de una noche aparentemente tranquila.

Hacia el cielo se elevaba una densa humareda y en medio de aquel infierno, escapaban unos gemidos extraños, casi irreconocibles; eran como los de una bestezuela.

Era una mañana de cielo grisáceo, de sol tan mortecino que era difícil poderlo señalar con el dedo.

Floid Emerson, patólogo forense, adscrito a la plantilla del General Hospital, llegó a su casa situada en el Garden Side, un barrio apacible de viviendas unifamiliares, con parterres y un

pequeño patio trasero, la mayoría de ellos con uno o dos árboles bien cuidados, pero que solían dar escaso fruto.

Cuando ya los obreros de la ciudad estaban trabajando y los administrativos accedían a sus oficinas desde los autobuses y coches utilitarios, mientras los ejecutivos aún tomaban el desayuno, Floid Emerson, con más años sobre sus espaldas de los que sería de desear, se sentó en el balancín que tenía en su amplia cocina, un balancín al que tenía gran aprecio.

Lo había utilizado su esposa hasta la mismísima muerte, pues en aquel balancín había cerrado sus ojos y en él la habían descubierto ya cadáver.

Floid Emerson, que durante tantos años se inclinó sobre el balancín para besar el rostro de su mujer, tomó posesión de él, como deseando también morir en aquel asiento.

«Kitty», la perra de lanas, llegó hasta él llevándole las zapatillas. Lo miró y al observar que el médico no le hacía caso, soltó las zapatillas y dio un par de agudos ladridos moviendo su cabeza cubierta de abundantísimo pelaje.

—Hola, «Kitty» —saludó el hombre; y estiró su mano hasta tocar la cabeza del animal que agitó su cortísima cola.

—Papá…

Laura, la joven y bella hija del doctor Emerson, entró en la cocina embutida en su bata azul pastel.

—Hola, Laura. ¿Has dormido bien?

—¿Es que no sabes que no puedes hacer unas jornadas de trabajo tan largas? Te vas a matar, papá, sólo hay que verte la cara, estás muy fatigado.

—Sí, he tenido mucho trabajo esta noche —admitió.

—¿Tus desagradables autopsias?

—Alguien tiene que hacerlas.

—Cuando pienso en ellas, se me va el apetito.

—Pues a mí no, hija, a mí no, tuve que acostumbrarme a ellas. Gracias a las autopsias ha avanzado mucho la ciencia, y también la justicia.

—Bueno, bueno, te voy a preparar un desayuno reparador.

—No tengo apetito.

—¿No decías que tu trabajo no te quitaba el apetito? —preguntó Laura mientras preparaba la cafetera exprés.

—Hoy ha sido distinto.

—¿Por qué, alguna criatura?

—Tres hombres y una mujer.

—¿Un accidente de automóvil?

—Sí, una ambulancia chocó contra un muro y luego se incendió, murieron todos.

—No he leído el periódico de esta mañana; ha debido ser horrendo.

—Sí, lo ha sido. Lo lógico hubiera sido postergar la autopsia, pero como han llegado los restos humanos, los hemos dispuesto para la autopsia, rutinaria en estos casos. La verdad es que se carbonizaron.

—¿La mujer viajaba como paciente en la ambulancia?

—Estaba muerta ya. La sacaron del río un rato antes de que la ambulancia se estrellara y ardiera.

—Sí que ha sido dantesco… ¿Y por qué corría la ambulancia, si llevaba un cadáver?

—Cosas de los chóferes.

—¿Y quién es ella?

—No lo sé. La policía se ha quedado con sus efectos personales, a mí sólo me han dejado los despojos humanos y, ciertamente, me han dejado muy preocupado.

—En esas circunstancias será muy difícil hacer la autopsia, ¿verdad?

—Sí, lo es. De momento sabemos que estaba ahogada, pero será muy difícil determinar si cayó al río, si se tiró o si la echaron. El choque de la ambulancia ha podido añadir traumatismos al cadáver que si bien pueden diferenciarse de los traumatismos que pudo recibir en vida, hay que añadirle los efectos destructores del fuego.

Laura dejó la cafetera lista sobre el fuego y se sentó junto a su padre. La perra «Kitty» seguía junto a las zapatillas y miraba los zapatos que aún calzaba su amo, no muy conforme.

—Laura, esa chica estaba embarazada.

—¿En estado avanzado?

—Sí, eso demuestra el examen que le he hecho, pero hay algo que no encaja.

—¿Y qué es, papá?

—El feto no está, ha desaparecido.

—Pudo abortar en el río, ¿no?

—Es una hipótesis, pero no creo en ella. La verdad es que tampoco sé dar una explicación, algo se me escapa. Es como si intuyera lo sucedido, pero…

—Papá, me da la impresión de que conoces la solución de ese desagradable problema; lo que ocurre es que intuyes que no te gusta y prefieres no decirlo.

—Puede ser.

—¿Y por qué no expones tu idea?

—Lanzaré al aire una hipótesis, pero sólo te la digo a ti por el momento, no me atrevería a exponerla ante nadie más.

—Ya sabes que desde que murió mamá soy toda oídos para ti.

—Menos mal que eres discreta, de lo contrario ya me habrían despedido. ¡Eh, el café se escapa…!

Mientras Laura se levantaba para retirar la cafetera del luego, la perra «Kitty» volvió a ladrar.

—Soy como tu psiquiatra, papá. ¿No dicen que contar los problemas descarga y que en realidad ésa es la terapia que utilizan muchos psiquiatras?

—Sí, pero en este caso…

—No voy a horrorizarme, me has contado ya muchas cosas estremecedoras.

—Laura, creo que me hago viejo y por eso llego a pensar monstruosidades. Yo diría que esa desgraciada muchacha murió en el río y llevaba el niño en sus entrañas. Eso confirma lo que dijo el veterano policía que luego se presentó en el hospital para reconocer a su joven compañero muerto.

—¿Quieres decir que tuvo un aborto después de estar muerta?

—Sí. Es como si la criatura hubiera conseguido nacer y se hubiera marchado lejos de su madre.

—Papá, un bebé humano no es un tipo de animal que pueda valerse por sí mismo.

—Es cierto. —Vaciló y buscó su pipa palpando en los bolsillos—. Pero tampoco encaja lo que yo he encontrado en la inspección. Esa muchacha ha parido y digo parido y no abortado, porque pienso que estaba en el séptimo u octavo mes de gestación.

—¿Pudo salir el niño al chocar la ambulancia contra el muro?

—Si la madre hubiera estado viva, esa circunstancia podría

haberse producido, pero hacía horas que estaba muerta. No, no creo, aunque hay diversas teorías sobre el tiempo de vida de un feto en el interior del cadáver de la madre.

—¿No puede haberse quedado el bebé en la ambulancia?

—Es una hipótesis. Después de examinar el cadáver de la supuesta madre, ya que no se puede dar nada como cierto, he pedido al policía que busque un bebé y que si encuentra algún resto de carne quemada, sin forma evidente, que lo diga.

—Papá, creo que nunca podría dedicarme a ese trabajo —suspiró Laura.

—Sí, por eso eres *public relation* de la Aseguradora Taylor.

—Bueno, que si no me doy prisa voy a llegar tarde y será tuya la culpa por mi tardanza en llegar a casa.

La perrita comenzó a mordisquear los zapatos de su amo, invitándole a que se los quitara y se calzara las zapatillas que le había preparado.

—Quieta, «Kitty», quieta —pidió Floid Emerson que había chupado la pipa sin llegar a encender, mientras miraba el café negro y espeso que le preparara su hija.

Laura cogió su automóvil y se dirigió al centro de la ciudad. Lo que antaño fuera una mansión palaciega, ahora era la sede central de la Compañía Aseguradora Taylor.

Estacionó el coche en el aparcamiento ubicado bajo el espacioso jardín que el arquitecto de la compañía había insistido en respetar cuando aceptara la misión de remodelar el interior del edificio para adaptarlo a oficinas.

Exteriormente, la mansión palaciega había sido limpiada y remozada, sin ningún añadido que pudiera indignar a los amantes del arte arquitectónico.

A través de un amplio túnel de paredes enmoquetadas, Laura se dirigió a las oficinas caminando junto a otros ejecutivos. Tenía noticia de que aquella mañana llegaría el nuevo director y coordinador general de publicidad con el que ella debería colaborar estrechamente.

—¡Laura!

—Hola, Sandra.

Se volvió hacia la atractiva Sandra, una mujer alta, de grandes curvas que llamaban la atención. De ascendencia italiana, había

comenzado a trabajar casi al mismo tiempo que Laura, lo que había hecho que fueran muy amigas. Sandra se hallaba en la secretaría en dirección general.

—¿Has leído el periódico?

—No, aún no.

—Mira.

Sandra le mostró una fotografía en la que se veían los restos de un automóvil, retorcido y aplastado contra un muro.

—¿Ha sido el choque de la ambulancia?

—Sí, cuatro muertos.

—Ha sido horrible, ya lo sabía.

—¿Sabías también que la mujer muerta era Jennie Hamilton?

—¿Jennie?

—Sí, la auxiliar de caja que se despidió hace unos meses. La han reconocido por sus efectos personales y el departamento de necrodactilografía de la policía la ha identificado pese a que sólo han encontrado entero uno de sus dedos. No se habla de otra cosa en las oficinas.

—Es horrible —musitó Laura, impresionada—. Sabía que era una mujer joven, pero ignoraba que se tratara de Jennie. —Pensó en todo lo que le contara su padre y preguntó—: ¿No estabas casada con Charles Abelson…?

—Sí, Charles Abelson, el de contabilidad. Esta mañana no ha venido, seguramente estará en la estación de policía. Jennie apareció ahogada en el río.

—¿Crees que Charles Abelson pudo tener algo que ver con esa muerte?

—No lo sé, Laura, eso tendrá que averiguarlo la policía. Yo la vi hace poco tiempo y estaba embarazada y muy desmejorada, por cierto. Quise hablarle y me dijo que tenía mucha prisa. Creo que en todo esto hay algo sucio, Laura, muy sucio.

Laura Emerson volvió a recordar las palabras de su padre, médico forense del General Hospital.

«Es como si la criatura hubiera conseguido nacer y se hubiera marchado lejos de su madre…».

CAPÍTULO II

El *night-club* Luna Negra ofrecía a su público espectáculos tan sensuales como exóticos. Nada más nacer había cogido fama de local poco recomendable, por lo que comenzaron a acudir hombres casi exclusivamente, aunque también iban algunas mujeres aparejadas, deseosas de contemplar lo que allí pudiera verse.

Los *night-clubs* habían avanzado en una libertad total, libertinaje en ocasiones. Los había donde cualquier espectador o espectadora podía hacer su propio *strip-tease* buscando el aplauso del nada respetable resto del público, pero el Luna Negra no era de esa clase.

Aquél era un local donde no se gritaba, donde no se hablaba a voces, diríase que invitaba a la charla confidencial. Los clientes podían alternar con las chicas «gancho» e incluso salir una hora con alguna de ellas que luego regresaría con algunos billetes de más en su bolso de mano.

También se las podía esperar al final de su trabajo en el club y pasar el resto de la noche en su compañía. Sin embargo, el Luna Negra no podía considerarse un burdel pese a que tenía unos reservados muy especiales, preparados para el erotismo y el sadomasoquismo. Resultaba difícil catalogar, y lo cierto es que muchos hombres con problemas iban allí a descansar sus tensiones nerviosas de forma puramente física o psicológica.

Se comentaba que en el Luna Negra se dispensaba una especialísima atención a los hombres casados. No se podía decir que echaran a la calle a los solteros, pero éstos notaban la predilección de las empleadas de la casa, las chicas «gancho» y las camareras hacia los casados.

No había hombres en la nómina del club y esto había llegado a oídos de los *racketeros* de la noche, por lo que Stanley Lover, el

gánster que controlaba el racket en el Old Side, se presentó con dos de sus secuaces en el local.

—¿Dónde está la patrona? —preguntó a la encargada de la barra que decía llamarse Nefer.

Nefer era una pelirroja alta, de busto arrogante, una mujer cargada de experiencia.

Miró a Stanley Lover y semejó calibrarle de inmediato.

—Aquella cortina da a un corredor. Verás una puerta tapizada en rojo en la que hay un letrerito que pone prívate. Allí suele estar la patrona, pero si quieres un consejo, sé buen niño y lárgate.

—Hum… —Abrió la pitillera de oro y golpeó contra la tapa uno de los cigarrillos con ligero aroma a marihuana. Antes de llevárselo a los labios, replicó—: A mí los consejos me sobran, más bien los doy yo.

Nefer se encogió de hombros.

—Tú verás. Todavía eres joven, vistes bien y, aunque seas un bastardo, puedes disfrutar de la vida.

A Stanley Lover no le gustó lo de «bastardo». Alzó la mano para abofetearla y así demostrarle cómo las gastaba él, pero Nefer le cortó muy fría y segura al tiempo que daba un paso atrás, quedando fuera de su alcance.

—Mejor contente, amigo, podrías recibir una desagradable sorpresa.

—Tú y yo ya nos veremos luego, ahora visitare a tu patrona. ¿Cómo dices que se llama?

—Quien más quien menos sabe que la patrona de Luna Negra se llama Lilith.

—Conque Lilith, ¿eh? Bueno, le haremos una visita y será bueno que entre en razón. En cuanto a ti, luego de pasarte por la piedra, sabrás lo dura que es la mano de Stanley Lover.

—Uy, qué miedo —rezongó Nefer sarcástica.

Stanley Lover arrugó el ceño. Sus dos matones estaban cerca y le miraron como preguntando si debían intervenir, aunque les pareció absurdo hacerlo. Su jefe estaba frente a una mujer, se bastaba muy bien solo.

Stanley Lover se acercó a la cortina, la apartó al corredor discretamente iluminado.

No tardó en descubrir la puerta tapizada en rojo y con el rotulito

de prívate.

No se molestó en llamar, movió la manecilla de la puerta que había empuñado y se franqueó la entrada.

La mujer se hallaba frente al tocador. Descubrió a Stanley Lover a través del gran espejo y lo escrutó con la mirada. Por su parte, al verla, el hombre silbó de admiración.

Era muy difícil describir la enigmática belleza de Lilith. Podía estarse de acuerdo en que era alta, que sus redondeces resultaban provocativas, pero poco más podía decirse de ella. No era joven, tampoco madura. El color de su cabello podía ser rubio oscuro o castaño, según la luz ambiental. Los labios eran generosos y los grandes ojos fascinaban.

—Había oído que eras una mujer hermosa, pero no creía que tanto.

—¿Quién eres?

—Stanley Lover, ya no te olvidarás de mi nombre. Tú y yo vamos a ser muy amigos.

A mí me gusta la vida nocturna y a ti también, seguro. —Se dejó caer en una butaca—. Anda, sírveme algo, preciosa.

—Ve a la barra y paga. Te huelo bien, rata de burdel. Eres un rufián que trata de aprovecharse de las mujeres.

—Si el patrón fuera un hombre, habría venido igual para hacerle comprender que los locales como éste pueden tener problemas salvo que reciban una protección adecuada. Hay clientes que se quejan, entonces se nos llama y el cliente deja de molestar y no vuelve a hacerlo en toda su vida. Tampoco actúan los ladrones cuando saben que un club está protegido por mí, no les conviene. Somos más efectivos que la policía y actuamos más duro que la justicia cuando cazamos a los ladrones o a los tipos que quieren molestar. A la larga resultamos baratos. Olvidaré tus insultos, Lilith, por lo visto aquí sois muy largas de lengua, lo mismo tú que la que está en la barra.

—Stanley Lover, no eres más que un monigote, sólo apto para asustar a pusilánimes y a rufianes que desean seguir siéndolo. Te has equivocado al venir al Luna Negra.

—¡Ya estoy harto de oír estupideces! —bramó el hombre, levantándose de la butaca.

Se acercó a Lilith y aplastó el extremo encendido de su cigarrillo contra el espléndido escote que casi dejaba al descubierto los

turgentes senos.

Con mirada sádica, Stanley Lover esperó oír el grito de dolor. La mujer no gritó, ni siquiera esbozó una mueca de dolor. Apartó el cigarrillo y en la hermosa piel blanca no vio la más mínima huella de quemadura.

Desconcertado, la miró a los ojos, unos ojos que se le antojaron llameantes, como si dentro de cada uno de ellos hubiera una pequeña hoguera. Stanley Lover fue incapaz de apartar su mirada de aquellas pupilas que lo subyugaban.

—Estás sudando, sudando… —le fue diciendo Lilith con voz profunda, que no sonaba humana, una voz que hubiera podido salir de una fosa medio cubierta por una pesada losa—. Sudas, sudas mucho…

El hombre, que había dejado caer el cigarrillo aplastado, se palpó el rostro y asintió:

—Sí, sudo mucho.

—Sudas vitriolo que te corroe la piel, vitriolo que te muerde y te devora hasta que te conviertas en un ser repugnante y monstruoso…

Stanley Lover se estremeció y sintió un terrible dolor en su rostro y en las manos que pasó por la cara que humeaba ligeramente.

—¡¡Aaaaggg!!

Corrió hacia la puerta para huir mientras la mujer, concentrada, brillándole todavía las dos pequeñas hogueras en los ojos, silabeó:

—Ahora cogerás el coche, pisarás el acelerador a fondo y te estrellarás contra la puerta enrejada de un Banco… Allí dentro está todo el dinero que codicias.

Stanley Lover salió aullando de dolor, notando como su piel se corroía bajo los dedos.

Los dos matones que le habían acompañado al club le vieron de aquella guisa y quedaron desconcertados. Stanley Lover pasó junto a ellos corriendo, en dirección a la calle. Los guardaespaldas miraron hacia la cortina, como dudando entre ir a ver lo que había ocurrido o seguir a su jefe. Optaron por esto último; como tantos y tantos hombres en la vida, habían aprendido a obedecer sin pensar, como perros domesticados.

Stanley Lover se precipitó contra su auto, lo golpeó, porque con

la torpeza propia de su desesperada situación no logró meterse enseguida dentro del coche.

—Jefe, ¿qué pasa?

—¡Aa… agua, agua! —gritó, mas penetró en el coche.

Los dos matones también se introdujeron en el vehículo, mirando perplejos el rostro de su jefe que no tenía nada de particular. No veían en él ninguna señal o herida, no comprendían por qué gritaba tanto, como un ser torturado que debía haber perdido ya la razón.

Stanley dio al contacto con desesperación. El ruido chirriante del encendido fue excesivamente prolongado. Hundió el pie en el acelerador y el auto dio un salto brusco hacia adelante, las ruedas chirriaron.

—¡Jefe, cuidado! —exclamó uno de sus hombres.

—¡Cállate, mierda, que me estoy quedando ciego!

—¡Jefe, jefe, deje el coche! —pidió el otro, asustado.

Stanley Lover no oía. Corría para llegar a alguna parte donde pudieran liberarle de lo que él creía que le estaba corroyendo la piel y la carne hasta desfigurarle como le había dicho Lilith.

En pocas cuadras de distancia rebasó largamente los cien kilómetros por hora. Cruzó un semáforo en rojo y estuvo a punto de chocar contra otros dos vehículos.

Stanley Lover efectuó varios giros con el volante mientras sentía como si se quedara ciego por el supuesto vitriolo que lo invadía, un ácido que, según Lilith, lo exudaba él mismo.

—¡Noooo! —aulló uno de los guardaespaldas, llevándose las manos a la cara para protegerse.

Lanzado casi al tope de velocidad que daba de sí el automóvil, fue a subir sobre la acera en una esquina en la que se levantaba un Banco de majestuoso aspecto, con grandes rejas y estatuas entre sus columnas.

Subió tres peldaños de mármol y embistió contra el barroco enrejado que por las noches cerraba la entrada a cualquier intruso.

El impacto resultó bestial; sin embargo, las rejas no cedieron.

El auto quedó retorcido, tan destrozado que resultaba difícil identificar incluso su marca de fábrica.

Los cuerpos de sus ocupantes quedaron horriblemente mutilados mientras la sirena automática del Banco se disparaba, provocando

la alarma con una intensidad tal que despertó a todo el vecindario. Era como si una banda armada intentara asaltar el Banco.

En medio de la obsesiva alarma bancaria no tardaron en escucharse las sirenas de la policía que confluía en la encrucijada de la calle.

CAPÍTULO III

El día resultó extremadamente pesado y molesto para Laura Emerson. Era como si las densas nubes grises que ocultaban el cielo a los habitantes de la ciudad se hubieran introducido en las oficinas e incluso en los cerebros, enturbiando las ideas, provocando una sensación de nerviosismo y desasosiego.

El nuevo director de publicidad no se había presentado o, por lo menos, Laura no lo había visto y ello contribuyó a que se sintiera más nerviosa. Lo había estado esperando durante horas; en el futuro tendría que colaborar con él y deseaba conocerlo para saber con qué clase de tipo debería tratar.

Tener un compañero antagónico resultaría fatal. Laura era un ser en constante evolución y temía que su nuevo compañero pudiera resultar conservador, casi hasta reaccionario.

La mentalidad del consejo superior de administración era ya demasiado conservadora, por ello se habían perdido pólizas muy importantes y que incluso, pasadas a la prensa como noticia por lo extrañas que eran, habrían servido como publicidad indirecta de la compañía, pero los «mandamases» de la Taylor no habían sabido verlo así.

Durante horas, no se habló de otra cosa entre las empleadas de la empresa que de la noticia aparecida en los periódicos sobre lo que habría podido llamarse la doble muerte de Jennie Hamilton; primero, ahogada, y luego carbonizada en un accidente de circulación. Era como si la ex auxiliar de caja hubiera estado perseguida por la más negra de las suertes.

Charles Abelson, el marido de la infortunada Jennie, no se había presentado por las oficinas. Se le suponía en la estación de policía, acompañado por un abogado y seguramente sometido a

interrogatorios. Debido al estado en que había quedado el cadáver tras el accidente de circulación, donde los despojos humanos se carbonizaron casi por completo, no se podía demostrar que la infortunada se hubiera suicidado.

Igualmente se podía aceptar la tesis del suicidio que la del asesinato.

Todo aquello había provocado infinidad de comentarios entre los compañeros de Charles Abelson. Los altos ejecutivos de la aseguradora Taylor habían guardado el más absoluto silencio al respecto, alegando no saber nada e incluso rechazaron a tres periodistas que se presentaron en la compañía buscando información sobre Charles Abelson, posible asesino de su mujer.

Un día largo y pesado que a Laura Emerson se le hizo interminable.

Con la esperanza de que en algún momento pudiera presentarse el nuevo director de publicidad, Laura retrasó su salida y se ensimismó en su trabajo tratando de ignorar cuanto la rodeaba hasta que se abrió la puerta de su pequeño pero confortable despacho y apareció el vigilante nocturno.

—Ah, está usted aquí, señorita Emerson.

—¿Tan tarde es? —preguntó mirando a la taza de café vacía que tenía sobre el escritorio y el cenicero, con varios cigarrillos aplastados.

—Creía que ya no quedaba nadie en las oficinas.

—No me diga que no hay nadie más…

—Así es, señorita Emerson, ya no queda nadie.

Laura suspiró y lanzó una ojeada a su reloj de pulsera, un reloj automático, de aire deportivo y forma cuadrada.

—Bueno, ahora me voy.

—Las luces del túnel del *parking* están encendidas.

—Gracias, ahora acabo de trabajar.

Laura recogió sus cosas, cerró los archivos, guardó las llaves y tomó la gabardina.

Abandonaba el despacho cuando sonó el timbre del teléfono, sobresaltándola en aquella soledad y silencio.

Dudó entre si coger el teléfono o dejar que continuara sonando, mas pese a que lo miró con recelo, decidió descolgarlo.

—¿Diga?

—¿Laura Emerson?

La voz que acababa de preguntar era masculina, relativamente joven y bien timbrada, una voz que le agradó.

—¿Quién llama?

—Soy Bryan, el publicista. Tenía que llegar esta mañana y me he retrasado. He llamado a los gerifaltes y no me ha respondido nadie. Como también tenía el teléfono de usted, la llamo para disculparme.

—Pero ¿cómo puede llamar tan tarde?

—He tenido avería, si no hubiera llegado antes. No sé cómo voy a poder explicarme, tener un nuevo empleo y el primer día no presentarse… Sé que va a sentar muy mal, por eso busco el apoyo de la *public relation*.

—¿Avería, avería?

—Sí, avería.

—¿Y no podía coger un teléfono y llamar para exponer lo sucedido? Creo que se le hubiera tenido en cuenta.

—Es que no podía telefonear.

—¿Por qué?

—Porque estaba de viaje con mi pequeño balandro. El viento se me ha puesto en contra y el motor adicional ha fallado. Parece que mi cascarón necesita un repaso a fondo.

Laura soltó una breve carcajada.

—Conque el balandro, ¿eh?

—Sí, eso es.

—Bien, veremos si la gerencia acepta la explicación como buena.

—Oiga, Laura, ¿por qué no cenamos juntos y…?

—¿Esta noche?

—Sí. ¿Sabe dónde está el Red Fish Restaurant?

—Pues…

—Una *public relation* debería saberlo, sirven unas excelentes sopas de pescado y unos combinados de mariscos que son una delicia.

—Va a excitar mi apetito si sigue hablando.

—Vamos, la invito, anote la dirección.

Tras ponerse de acuerdo con Bryan, Laura colgó el teléfono y abandonó el despacho. Mientras avanzaba por el túnel hacia el *parking*, pensó en Bryan y se preguntó cómo sería; la voz era muy

agradable.

Pulsó el encendido automático de las luces. No le gustaban aquellos grandes *parkings* subterráneos que se hallaban solitarios. Se solían cometer muchos atracos, asesinatos y violaciones en ellos, ya que ofrecían una gran impunidad a los criminales que se escondían entre los vehículos aparcados.

La gran nave aparecía casi desierta cuando, de ordinario, estaba llena de coches.

Aunque se marchara todo el personal siempre quedaban allí un mínimo de cinco automóviles que pertenecían a la empresa.

Anduvo rápida hacia su coche cuando descubrió un auto que reconoció de inmediato. Era el de Bárbara y le sorprendió, porque Bárbara, que trabajaba en la división de tráfico-automóvil, ya había abandonado las oficinas. Se detuvo, miró y creyó ver un bulto en su interior.

Con cierto recelo, se acercó para mirar a través de la ventanilla de la portezuela.

Bárbara estaba dentro, muy quieta, con la cabeza inclinada hacia delante.

—¡Bárbara!

Golpeó el cristal con los nudillos. La chica levantó la cabeza y la miró. Laura vio sus ojos húmedos y tristes.

—¿Te sucede algo?

Bárbara abrió la portezuela.

—Hola, Laura, creí que no había nadie.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada.

—Te sucede algo, has estado llorando.

Laura se introdujo en el coche, sentándose junto a su compañera. El auto olía a alcohol y no era de colonia.

—¿Has estado bebiendo?

—Por favor, Laura, por favor.

—Si te ha sucedido algo, puedes contármelo. Creo que estás en problemas y si puedo ayudarte me gustaría hacerlo.

Bárbara estalló en un sollozo convulsivo. Era como si un llanto silencioso y contenido hasta aquel momento se desbordara incontenible.

—¿Quieres que vayamos a alguna parte?

Al hacer aquella pregunta, Laura miró su reloj. Tenía una cita con el desconocido Bryan, pero aún era temprano, tenía un tiempo que podía ofrecer a su amiga.

—Laura, estoy embarazada.

—¿Embarazada? ¡Eso es magnífico! —La abrazó, efusiva—. ¿Cómo puedes ponerte a llorar por una cosa tan estupenda? ¿Qué dice tu marido?

—No lo sabe.

—¿Y a qué esperas para decírselo?

—No me atrevo.

—¿Por qué, no quiere ser padre?

—Laura, entre Jimmy y yo las cosas hace tiempo que no van muy bien.

—Bueno, yo no me he casado aún, pero se dice que en todos los matrimonios hay períodos de crisis.

—A los pocos meses después de casado se le fue la ilusión. Nuestros contactos se enfriaron y tuvimos muchas discusiones. Después todo se fue normalizando en apariencia. Un día supe que frecuentaba ese maldito *night-club* Luna Negra.

—Sí, ya he oído hablar de él, un club nocturno que queda cerca de aquí, especial para casados en período de aburrimiento.

—Debe ser un burdel.

—Todos los clubs nocturnos tienen algo de burdel. Siempre hay mujeres controladas por los propietarios que sacan jugosos beneficios a costa de la miseria de esas desgraciadas que venden sus cuerpos, porque eso no es practicar el amor libre, es prostitución.

—Jimmy ha estado frecuentando ese club y se ha vuelto más irascible. Bebe mucho, se está endeudando y ha perdido peso ostensiblemente. Si lo vieras, no le reconocerías.

—Si le hablas del niño, todo puede cambiar.

—Mo, imposible.

—¿Por qué?

—El niño está de tres meses, casi cuatro.

—¿Y…?

—Creo que la última vez que Jimmy se acostó conmigo fue hace ocho o nueve meses.

Laura suspiró antes de decir:

—Ahora comprendo que no se lo quieras decir.

—Laura, Laura, te juro que no…

—¿Que no qué? Si Jimmy no es el padre y vuestro matrimonio hace aguas, lo mejor es que pidas el divorcio y te cases con el padre de la criatura. ¿O acaso está casado ya?

—No, Laura, no, es que no lo entiendes.

—¿El qué no entiendo? Si está muy claro…

—Es que no he ido con ningún otro hombre, te juro que no me he acostado con nadie, sólo con Jimmy y hace meses.

—Vamos, vamos, que no eres una hermafrodita.

—Cuando me hicieron los análisis y me hablaron del embarazo, pensé que se trataba de un error. Exigí que me hicieran análisis dobles, así lo hicieron y no hay duda. Es desesperante, no lo entiendo.

—Será mejor que te sinceres. Yo no te voy a dar ningún sermón moralizante, pero de nada va a servirte mentir.

—No me crees, no me crees… Y si tú no me crees, ¿cómo va a hacerlo Jimmy? Te lo juro, Laura, no he engañado a Jimmy.

—Eso es imposible, Bárbara. Si estás embarazada es que has tenido intimidad carnal con algún hombre.

—¡¡No!!

—Estás muy nerviosa, Bárbara.

—Se lo he dicho al médico…

—¿Y qué te ha respondido?

—Que conoce a un amigo psiquiatra que puede tratarme bien. Me ha dejado como una loca, como a una loca, estoy desesperada.

—¿Y no sería bueno que lo visitaras?

—¿Tú también? —se irritó.

—¿Es que no te das cuenta de que nadie va a creer que este embarazo se ha producido así por las buenas, sin participar en él ningún hombre?

—Yo misma no lo hubiera creído antes, pero ahora lo estoy sufriendo y no sé qué hacer.

—Veamos, ¿no existe la posibilidad de que alguna noche tomaras algún somnífero fuerte?

—¿Qué quieres decir?

—Que podías estar muy dormida en tu casa, llegó Jimmy y al verte dormida, pues eso, hay hombres que lo hacen. Pudo poseerte profundamente dormida y tú no te enteraste, sería lo más lógico.

—Lo hubiera notado.

—Si estabas muy dormida…

—Seguro que no.

—Sí le cuentas eso a un psiquiatra, negándole esa posibilidad, será peor porque te dirá que has pasado por una disociación de personalidad; que te has marchado a la calle, te has acostado con el primer tipo con que te has topado y que luego no te acuerdas de lo sucedido porque corres un telón para no recordar. Es un tipo de historia que ha sido llevada mucho al cine.

—¿Quieres burlarte de mí?

—Mira, consulta con un psiquiatra, es lo mejor que puedes hacer.

—No, no, él buscaría una explicación estúpida a lo que me sucede y trataría de hacérmela creer sugestionándome. No, no iré. Yo sé que ha ocurrido algo muy extraño, extraño y maligno, y no quiero a ese hijo que ha venido sin saber cómo.

—Creo que debes serenarte, Bárbara.

—Déjame, déjame, ve a tu coche.

Laura se vio materialmente echada del automóvil de Bárbara que abandonó el *parking* haciendo maniobras temerarias mientras aumentaba la velocidad y el motor roncaba con fuerza.

Laura suspiró y pensó que su compañera de trabajo estaba algo desequilibrada mentalmente a causa del inesperado embarazo que, al mismo tiempo, podía romper definitivamente su matrimonio, pues era obvio que Bárbara no deseaba el divorcio de su marido.

Subió a su coche y abandonó el *parking* sin prisas. Pensó en lo sucedido a Jennie Hamilton y recordó lo que le contara su padre respecto a que Jennie estaba embarazada y que el feto había desaparecido. Casi de inmediato, pensó en el extraño embarazo de Bárbara que aseguraba que no había yacido con su marido en los últimos meses y, por lo tanto, no comprendía lo ocurrido. Por un instante, creyó ver una diabólica ligazón entre ambos casos.

—No, no puede ser. —Sacudió la cabeza a derecha e izquierda, en actitud de negación.

Unos faros la iluminaron de lleno, cegándola, mientras un claxon se introducía obsesivo en su bóveda craneana.

El auto que había estado a punto de colisionar con ella se alejó a gran velocidad.

Despacio, Laura reanudó la marcha, dirigiéndose hacia los muelles. Tuvo que dar varias vueltas hasta encontrar el Red Fish Restaurant.

Se estacionó junto a la acera y entró en el restaurante. Un hombre joven, vestido con pantalones *beige* y un jersey oscuro con cuello de tortuga se le acercó. Tenía la piel tostada por el sol y su aspecto era sonriente y cordial.

—¿Laura?

—Sí. ¿Eres Bryan?

—Así es. Ven, tengo una mesa lista. Vamos a charlar de trabajo, no voy a intentar seducirte y después de verte será para mí un terrible sacrificio evitar esa seducción.

—Hum, menos mal que estaré tranquila esta noche —dijo, aceptando la broma. Y siguió al joven y agradable Bryan.

Mientras, Bárbara circulaba por la ciudad en forma temeraria. Al fin, picó el freno a fondo, haciendo chirriar los neumáticos. Había pasado en varias ocasiones frente al Luna Negra, mas no se había detenido nunca como decidió hacerlo en aquella ocasión.

Estacionada a doble fila, sacó la polvera y retocó las ojeras causadas por el llanto.

Después, se apeó y penetró en el club.

Las luces eran escasas y predominaba el rojo. De inmediato descubrió la larga barra con taburetes altos donde había varias mujeres sentadas, fumando mientras esperaban.

La música le resultó extraña, nunca antes la había oído y era sensual y a la vez electrizante.

Sobre una pista circular danzaba una mujer desnuda que jugaba con un velo con el que iba cubriéndose provocativamente. Rezumaba sensualidad a chorros y los hombres no apartaban sus ojos de ella, como si estuvieran embrujados.

Bárbara comenzó a buscar entre los clientes que no eran demasiados. Una mujer que lucía los senos descubiertos y vestía una maxi-falda de lamé rojinegro, abierta por los lados, se le acercó.

—¿Buscas trabajo? —le preguntó.

Bárbara denegó con la cabeza, incapaz de articular palabras. Se apartó de la empleada que se le había acercado y caminó entre las mesas buscando a Jimmy. Le descubrió enseguida y se dirigió a él.

—¡Jimmy!

El interpelado se volvió y Bárbara creyó haberse equivocado. El rostro del Hombre estaba tan demacrado que ya tenía mucho de cadáver. Su piel se había tornado amarillenta y se aplastaba contra los huesos que habían perdido gran parte de la carne que debía recubrirlos.

—Bárbara, ¿qué haces aquí?

—Jimmy… —Se sentó frente a él mientras la mujer de la pista danzaba, subyugando a los espectadores que transpiraban libidinosidad. Los ojos de aquellos hombres se encendían y sus gargantas se secaban de puro deseo sexual.

—¿Para qué has venido, qué pretendes?

—Jimmy, tengo que hablarte, hace días y días que no te veo.

—Ni falta que hace. ¿Aún no te has dado cuenta de que ya no me interesas en absoluto?

La frase fue un latigazo descarnante para la sensibilidad femenina, un latigazo que la mordió hondo.

—Tengo que decirte algo importante.

—No me interesa, lárgate.

—No, Jimmy, no, quiero decirte que espero un hijo.

—¿Un hijo? Mío no, desde luego.

—No puede ser de nadie más. Alguna noche que me encontraste dormida me cubriste, ¿verdad?

—Eres una burguesita estúpida que jamás me ha dado una satisfacción. Mira, mira a esa mujer… —Señaló a la danzarina que encendía la sangre de los hombres que la contemplaban, radiante en su desnudez—. Se llama Lilith y eso sí es una mujer.

—Yo haré por ti lo que quieras, Jimmy, pídeme lo que quieras.

—¿Ah, sí? —Se la quedó mirando unos instantes con ojos obsesivos y cogiéndola bruscamente de la mano, dijo—: Ven.

Jimmy se la llevó, pero no a la calle si no hacia una puerta disimulada tras unos decorados de la propia sala.

Avanzaron por un corredor oscuro. Jimmy sacó nerviosamente unas monedas de su bolsillo y las introdujo en una ranura que había junto a la puerta. Aguardó un instante y la puerta se abrió automáticamente, lo mismo que se encendieron las luces de la estancia.

Bárbara quedó anonadada al verse en una auténtica sala de torturas que por su aspecto podía haber sido sacada de las

mazmorras más macabras y oscurantistas de algún castillo medieval centroeuropeo.

Las paredes, el techo y el suelo eran de piedra, la luz roja. Colgados del techo o adheridos a las paredes estaban los crueles instrumentos de tortura, potro, cadenas, aparatos quebrantahuesos, un recipiente para carbones con los que poder poner hierros al rojo…

—¿Qué es esto, Jimmy? —balbució la mujer.

—¿Qué va a ser? Una sala para excitar a sádicos y masoquistas. Hay gente a la que gusta hacer el amor en forma especial y no monótona.

—¡Esto es bestial!

—He pagado para que la sala esté a nuestra disposición. Cuando pasen unos minutos una voz nos invitará a marcharnos o a poner más monedas para que todo siga funcionando. Divertido, ¿eh?

—¡Noo!

—¿No decías que estabas dispuesta a todo?

La empujó hacia una estrechísima jaula que tenía esbozo de forma humana. Jimmy la abrió y empujó a la mujer dentro.

—¡No, Jimmy, no! —gritó ella, aterrada.

—Chilla, chilla cuanto quieras, está garantizado que no se pueden oír los gritos. —Y soltó una carcajada casi demoníaca.

Bárbara no pudo impedir que Jimmy la encerrara en aquella jaula que fue ajustada a su cuerpo, de tal forma que no podía ni levantar los brazos.

La jaula colgaba de una cadena sujeta al techo y Jimmy la balanceó, provocando el miedo en la mujer que no comprendía cómo había podido acabar allí dentro.

Bárbara comenzó a sentir náuseas y, de pronto, descubrió que no estaban solos. Acababan de aparecer cuatro seres, eran cuatro mujeres que cubrían sus cabezas con capuchas rojas. Iban desnudas desde el cuello a la cintura y calzaban ajustados pantalones negros de piel y botas de caña alta.

Aquellas mujeres sorprendieron a Jimmy por la espalda y lo empujaron hacia el muro, poniéndole grilletes en las muñecas y encadenándolo de cara a la pared.

—Eh, ¿qué hacéis conmigo? —protestó él, tomándoselo a broma en cierto modo.

Una de las mujeres comenzó a avivar los carbones encendidos mientras depositaba sobre ellos un hierro de marcar.

—¡Jimmy, Jimmy, sácame de aquí! —gemía Bárbara desesperadamente.

—No puedo, no sé cómo terminará este numerito… ¿Verdad que es divertido?

Siguió riendo cuando por la puerta apareció Lilith en persona.

Se cubría con una larga capa que le llegaba hasta los pies. Miró a Jimmy y luego a Bárbara; sonrió, muy segura de lo que iba a hacer.

—No siempre las cosas van tan bien. Estás embarazada, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Cómo, cómo lo sabes? —preguntó la prisionera dentro de aquella maligna jaula vertical que la impedía moverse, convirtiéndola casi en una momia con vendajes de acero.

—Yo sé muchas cosas, más de las que tú puedas imaginar y reconozco perfectamente a una mujer que ha de parir a un hijo mío, a un hijo de Lilith.

—¿Qué dice? ¡Está loca, loca!

—No temas, el padre es él —señaló a Jimmy con el dedo—. Yo no puedo engendrar, es mi maldición, y los hijos que deberían darme los hombres que yacen conmigo los conciben sus esposas y tú eres una de ellas. En tu vientre llevas un demonio.

—¡No, no, sáqueme de aquí, sáqueme, ya está bien de broma!

En su desesperación, Bárbara sólo consiguió agitar un poco la jaula que se balanceó.

—El demonio nacerá y crecerá. Ellas son mis hijas —señaló a las encapuchadas que la rodeaban y que se habían ocupado de encadenar a Jimmy—. Si es hija, crecerá, vendrá a buscarme y me encontrará. Si es demonio íncubo, ya sabrá encontrar también su camino.

—Es muy divertida Lilith, ¿verdad? —se rió Jimmy, ignorante de lo que iba a suceder a continuación.

—¡Desnudadle la espalda! —ordenó Lilith.

Dos de las mujeres encapuchadas cortaron la chaqueta y la camisa de Jimmy, desnudándole la espalda. Lilith cogió un látigo que hizo restallar en el aire y dio el primer golpe sobre la espalda de Jimmy que chilló.

—¡Basta ya!

Lilith sólo había hecho que empezar. Jimmy aulló de dolor mientras Bárbara temblaba de miedo al ver cómo la espalda del hombre no sólo se desollaba, sino que se descarnaba.

La sangre comenzó a gotear mientras proseguía la sádica flagelación.

Las rodillas de Jimmy se doblaron por completo, su cuerpo quedó colgado por las muñecas encadenadas y la cabeza se torció como la de un cuerpo sin vida.

Lilith dejó de arrancarle la carne a tiras y se le acercó. Le cogió por los cabellos y le descubrió los ojos abiertos y vidriosos, un rostro desencajado por el dolor y el miedo.

—¡Míralo, míralo bien! La lujuria lo ha devorado, yo sólo he tenido que darle lo que pedía, él se lo ha buscado. Ahora estarás satisfecha.

—¡Asesina! —acusó Bárbara, ahogándose por el sollozo y el miedo.

Lilith soltó a su víctima. Se apartó de él y ordenó a las que llamaba sus hijas y que iban encapuchadas en rojo:

—Lleváoslo y que desaparezca.

Se encaró con los carbones encendidos y tomó un hierro que se había puesto rojo. Con él por delante, se acercó a Bárbara.

—Para que no se te olvide de quién es el hijo que llevas en tus entrañas.

Introdujo la letra «L» por entre los hierros hasta aplastarla contra el vientre de Bárbara. La ropa se chamuscó de inmediato y después se pudo oler la piel requemada mientras Bárbara aullaba de dolor, sin poder escapar a la tortura.

CAPÍTULO IV

—¿Has visto a Bárbara? —preguntó Laura a su compañera Sandra.

—No, no ha venido.

Laura frunció el ceño.

—¿Seguro?

—Sí, seguro, puedes ir a personal. ¿Ocurre algo malo?

—No sé, ayer hablé con ella y la vi muy deprimida.

—¿Por su matrimonio?

—Sí, no marcha muy bien.

—Ya lo sabía.

—La llamaré a su apartamento. Si está enferma, responderá.

—No creerás que, que… —Sandra prefirió no continuar.

—No creo nada, pero mejor la llamaré por teléfono. No sé, ayer la vi muy desmoralizada.

—Pues que pida el divorcio, es lo mejor para su situación.

—Es que… —Pensó lo que ya sabía sobre que Bárbara iba a ser madre y prefirió callar.

—¿Ibas a decir algo? —inquirió Sandra pinchándose en la mejilla con el bolígrafo por el lado del capuchón.

—La llamaré, un telefonazo no cuesta nada.

Desde su pequeño despacho, llamó al apartamento de Bárbara con insistencia. No obtuvo respuesta alguna, lo que ensombreció su gesto.

—Laura, ¿podrías prepararme una entrevista con el gerente?

Quedó un poco sorprendida y alzó la mirada hacia quien acababa de interpretarla.

—¡Charles!

El hombre sonrió, desmayadamente.

—Ni que hubieras visto a un muerto.

—Charles, estás, estás… ¿Cómo diría? Muy desmejorado.

—Será por culpa de los interrogatorios de la policía y por lo sucedido.

—Sí, sí, qué desgracia lo ocurrido con Jennie. ¿Pudiste reconocerla?

—Sé que tu padre le hizo la autopsia, poco se le podía hacer. El fuego casi la carbonizó.

—Charles, quería preguntarte algo.

—¿Tú o por cuenta de tu padre el doctor forense? Porque si ha de servir para que me lleven delante de un gran jurado…

—No, no es cosa mía.

—Pues, adelante, las mujeres siempre habéis sido curiosas, tú no ibas a ser una excepción.

—Comprendo lo que estás pasando. Charles, una prueba muy dura.

—Lo es, pero quizá no tanto como imaginas. Jennie y yo hace tiempo que no nos llevábamos bien, fue una locura nuestra unión. Cosas de juventud, un flechazo, y los flechazos pueden resultar muy arriesgados. Al poco tiempo de casados me di cuenta de que me había equivocado, por supuesto que a ella le ocurrió otro tanto. No creas que le voy a echar la culpa y menos ahora que la pobre está en el depósito de cadáveres, no, ni mucho menos, pero así fueron las cosas.

—¿Y nuestro hijo?

—¿Nuestro hijo, a qué te refieres?

—Jennie iba a ser madre.

—No sabía nada.

—¿Seguro?

—Y tan seguro. Si lo que dices fuera cierto, ese hijo no sería mío. Ahora empiezo a comprender muchas preguntas de la policía, pero nadie me ha dicho que ella estuviera embarazada. Preguntas y más preguntas buscando alguna contradicción en mis declaraciones y poder acusarme de asesinato, pero nada claro. Podían haberme dicho que en el cadáver de Jennie encontraron un feto.

—Es que no lo han encontrado.

—¿Tratas de burlarte de mí?

—No, Charles, no es eso, pero hay cosas muy extrañas en todo

esto.

Charles Abelson llegó al punto crítico en que lo mismo podía tomar el camino de la ira que el de la carcajada. Tras vacilar, optó por este último y se rió.

—Laura Emerson, detective… ¿Qué tratas de averiguar?

—Nada, pero mi padre… En fin… —Recordó que no debía revelar las confidencias que le hacía su padre el forense.

—Tienes que decirme lo que sepas, Laura.

—Sé lo que dijo el barquero y el policía que no subió a la ambulancia, lo que le valió salvar su vida. Jennie parecía embarazada.

—Pero tu padre no ha encontrado el feto…

—No, no lo ha encontrado.

—Se habría hinchado en el agua al ahogarse, suele ocurrir.

—Lo dices como si estuvieras acostumbrado a ver ahogados.

—Serví en un guardacostas de la Armada y los vi. Ahora, detective Laura Emerson, prepárame la entrevista con el gerente; tengo que darle cuenta del embrollo en que me he metido. Van a hacerme falta algunos permisos y algún préstamo para pagar a un abogado. La policía es como un perro de presa, ha mordido alrededor de mi brazo y no quiere soltarme, pero no tiene pruebas.

—Charles, ¿eres culpable?

—¿Yo? ¿Pero qué idioteces dices? ¿Es que quieres que confiese con lágrimas en los ojos? No, no fui yo, además, ya no la amaba, todo había terminado entre los dos. Si hubiera pedido el divorcio antes, quizá no hubiera sucedido nada.

—A riesgo de que me tomes por una entrometida, ¿puedes responderme si frecuentas el Luna Negra?

—¿El Luna Negra? Pues sí, lo frecuento y la verdad, Laura, eres una entrometida, una hermosa entrometida. Cualquier día de éstos te voy a pedir que nos acostemos juntos, sería un gran honor para mí el que accedieses a mi petición.

—Lo dices como si estuvieras pidiendo un baile, Charles. Mira, mejor que pedir imposibles podrías ir a un médico, pareces muy acabado.

El hombre le dedicó una mirada poco amistosa y hubiera llegado a decir algo si en aquel instante no se hubiera presentado Bryan junto a ellos, que para Charles Abelson era todo un desconocido.

—Laura…

—Bryan, te presento a Charles Abelson. Charles, él es Bryan, el nuevo director de publicidad.

Charles lo miró. Sarcástico, rezongó:

—Parece que él sí tiene un buen color de cara. Puede ser tu tipo, Laura.

Charles se alejó. Bryan preguntó sin ambages:

—¿Te estaba cortejando?

—No, no, está en problemas. Ya sabes lo que te conté sobre su esposa que murió.

—Sí, y ha debido afectarle mucho a juzgar por el aspecto que tiene.

—Es lo que le decía, lo veo muy acabado. Bryan, ¿podrías invitarme?

—Con mucho gusto.

—Pero, pagando yo, no vayas a creer.

—Hay que aceptar las nuevas maneras del feminismo, conforme.

—¿Qué te parece si me llevas al Luna Negra?

—No conozco ese local, ¿es nuevo?

—Sí, queda cerca de la compañía.

—Eso me pasa por estar algún tiempo fuera, visitando otros países para conocer mejores técnicas. Por cierto, los capitostes me han sugerido que me compre una radio nueva para el balandro o que me compre un balandro entero nuevo porque todo él falla un poco.

—Y si falla, ¿cómo te atreves a hacerte a la mar? Si fueras río arriba, lo comprendería.

—El río sólo tiene gracia cuando diluvia y se vuelve turbulento, el mar es otra cosa. A eso también te voy a invitar.

—Esa invitación tendré que pensármela; si encuentro un chaleco-salvavidas de múltiples seguridades, quizá la acepte.

—¿No sabes nadar?

—Sí sé nadar, pero perder la línea de costa metida en un cascarón no me ofrece muchas garantías.

—Veo que te interesa más ir al Luna Negra que al mar conmigo.

—Por el momento sí, Bryan. Tú vas muy aprisa y a mí me gusta ir despacio, no quiero convertirme en una muesca más en el casco de tu balandro.

Por la tarde, Laura encontró a su padre muy ceñudo, hojeando unos gruesos libros de Medicina mientras la perra «Kitty» vigilaba a su lado las zapatillas que su amo llevaba puestas.

—Papá, te vas a ahogar aquí dentro, cuánto humo. —Abrió las ventanas—. Parece mentira que seas médico.

—No me he dado cuenta.

—Un día te vas a asfixiar y te encontrarás en el otro mundo sin darte cuenta, con tus libracos en la mano.

—No sería mala cosa que si muero me pusieras algunos libros dentro del ataúd por si me aburro.

—Papá, eres incorregible. Ahora explícame lo que te preocupa.

—Tienes alma de inquisidora, Laura.

—Te preocupa algo, papá, se te nota en la cara.

—Está bien, tú ganas. Si me preparas un café bien cargado hablaré contigo, te contaré cosas como cuando eras niña y te horrorizabas ante los cuentos que iba deslizando en tus orejitas.

—El café estará enseguida.

Laura se fue a la cocina y preparó el café. Lo llevó al despacho de su padre y éste sonrió. «Kitty» se levantó y dio un par de vueltas para luego buscar una posición cómoda. Los años comenzaban a pesar sobre sus huesos.

—Haré una llamada antes —le dijo Laura.

Marcó el número telefónico de su amiga Bárbara y tuvo que escuchar como la llamada se repetía sin respuesta. Terminó colgando.

—Es extraño…

—Veo que tú también estás preocupada.

—Se trata de una compañera de la empresa. Ayer me pareció muy triste y hoy no ha venido; la he llamado a su apartamento y no está.

—Habrá salido a dar una vuelta por el campo, quién sabe, o quizá ha encontrado a un amigo.

—Está casada.

—Entonces, quizá mejor un amigo…

—Papá… Anda, cuenta tú.

—También se trata de una compañera tuya, Jennie Hamilton. Ignoraba que fuera tu amiga hasta que me lo has contado por teléfono.

—He pensado que era mejor decírtelo.

—Sí, sí. Le hemos hecho una autopsia en profundidad y el análisis del laboratorio no deja lugar a dudas, estaba encinta de siete u ocho meses, por lo tanto el feto debe estar en alguna parte. Ese feto existe, salvo que lo hayan destruido.

—Si su estado era avanzado, ¿no pudo tener un alumbramiento prematuro por alguna causa, incluso provocado, y luego ella se suicidara al comprobar que el niño estaba muerto?

—El parto no fue traumático, nada exterior lo provocó, es simplemente como si la criatura hubiera nacido y luego desaparecido. Naturalmente, he pasado el informe a la justicia.

—¿Y qué hará la policía?

—No lo sé, pero creo que el padre puede contarles muchas cosas.

—El marido de Jennie dice que el hijo, si existía, no podía ser suyo.

—¿No hacían vida marital?

—En los últimos tiempos, no, un fracaso matrimonial.

—Entonces, la policía buscará al posible amante, porque de lo que no cabe duda es de que ha habido un hombre de por medio. Eso podría explicar el suceso y su tragedia.

—Sí, claro. Papá, se me ocurre hacerte una pregunta. Sé que parecerá una tontería, casi hasta infantil, impropia de mí, pero…

—Hazla, todos' tenemos dudas que creemos harán reír a los demás si se las contamos.

—Papá, ¿puede una mujer quedar embarazada sin acostarse con un hombre?

—Verás, ahora, con el relanzamiento del *Kama Sutra* y el *Ananga Ranga* y toda esa proliferación de libros y revistas que enseñan a hacer el amor, no hace falta estar en la cama, un coche sirve y otros lo hacen de pie.

—No te burles, papá, no se trata de eso, me refiero a la ausencia del varón.

—Tu pregunta nos llevaría al niño probeta, pero ni aun en este caso hay ausencia de varón y hembra, puesto que hace falta el óvulo y el espermatozoide.

—Todo esto es tan extraño. Mi amiga Bárbara asegura que ha quedado encinta y que no ha yacido con ningún hombre.

—¿Le has recomendado que visite a un psiquiatra?

—Sí, pero se niega en redondo.

—En ocasiones, las personas cometemos hechos que luego nos negamos a recordar porque nos parecen trágicos o muy vergonzosos. Corremos un tupido velo y lo sepultamos en el olvido, de tal forma que nuestro consciente lo ignora. En esa situación, una persona puede negar hasta la mismísima muerte (si le amenazaran con ella) que ha cometido el hecho que ha olvidado. Este podría ser el caso de tu amiga. Por cierto, tus amigas tienen muchos problemas con los embarazos, ¿no?

—Eso es lo que estoy pensando yo, papá, y es una desagradable coincidencia. Jennie ha muerto y tú dices que debió tener un parto que su marido niega rotundamente. Después, Bárbara asegura que su esposo no ha tenido nada que ver con su gestación.

¿Y si llamara a la policía para que busquen a Bárbara?

—Es un poco arriesgado. Mira, no estás segura de la desaparición de tu amiga y si avisas a la policía puedes complicar las cosas. Si la policía empieza a pensar que son demasiadas coincidencias y en personas que trabajan en la misma empresa, habrá problemas.

Laura suspiró.

—Papá, esta noche saldré con un amigo. Se llama Bryan y es el director de publicidad de la aseguradora.

—Ya, el mismo con quien fuiste a cenar ayer.

—Es muy simpático.

—Cuídate, nunca se sabe cómo llegan las desgracias.

—Papá, no seas ave de mal agüero.

—Yo no sabré cómo te ha ido hasta mañana en la mañana, me voy ahora a mi hospital. Si estuvieras en contacto con la muerte como yo y a diario, opinarías que vivimos arropados por la tragedia y la muerte. Y la muerte es fea, hija, muy fea, te lo digo yo que la conozco bien.

Por un instante, por la mente del médico pasó la imagen de él mismo preparándose para hacer una autopsia en la sala de disecciones y al levantar la sábana creyó ver el hermoso rostro de Laura. Cerró los ojos, sintiendo un agudo dolor en su corazón.

—Papá, ¿te ocurre algo?

CAPÍTULO V

Bryan detuvo su automóvil frente a la casa de los Emerson en el Garden Side. No se apeó del vehículo que quedó detenido bajo una farola.

Se preguntó si estaba interesado por Laura a causa de su puesto en la compañía aseguradora, lo que la convertía casi en compañera inseparable, o por su belleza y sensibilidad, por su jovialidad y también su inteligencia. Lo que sí era cierto era que tenía la sensación de conocerla de mucho tiempo atrás. Se sentía a gusto a su lado y no podía decirse que fuera porque conociera a pocas mujeres. Muchas chicas habían pasado incluso por su balandro y sus amigos opinaban que tenía mucha suerte con las hembras, no en vano era joven, alto, atlético, bien parecido, jovial e inteligente y llevaba a cabo una profesión que le ponía en contacto con el mundo femenino.

Laura apareció por la puerta del pequeño jardín cuyos goznes gruñeron. Sonrió a Bryan, dio la vuelta al coche y se encontró con la portezuela abierta. Se introdujo en el vehículo.

—Hola, ¿te he hecho esperar?

—No, claro que no.

—Podías haber dado un par de claxonazos.

—No he querido molestar.

—Te hubiera presentado a mi padre.

—Uuuuh, eso me suena a trampa matrimonial.

—No seas tonto. ¿Vamos?

Puso en marcha el coche que se separó del bordillo de granito que separaba el asfalto del enlosado de la acera.

—Oye Laura, ¿por qué no vamos a otra parte? Conozco un local que…

—No, si no te importa iremos al Luna Negra.
—¿Por qué ese empeño en ir a ese club?
—He oído hablar mucho de él y quiero conocerlo.
—Es que he preguntado a unos amigos por el Luna Negra y…
—¿Qué te han dicho?
El automóvil se deslizó suavemente por el asfalto. Bryan no parecía tener ninguna prisa en salir del Garden Side donde, al anochecer, las plantas despedían aromas muy agradables, que no podían hallarse en el centro de la ciudad y que parecían facilitar la función respiratoria.
Era muy frecuente ver a los habitantes de aquel barrio instalarse en mecedoras bajo los porches.
—Mira, Laura, el Luna Negra no es un buen lugar para ir aparejados, es un club especializado en casados aburridos y descompensados sexualmente.
—¿Quieres decir que estará lleno de furcias?
—Si no lleno, por lo menos habrá unas cuantas y no me gustaría que te tomaran por una de ellas, aunque a simple vista la confusión sea imposible.
—Gracias.
—Pero hay tipos que beben como esponjas y luego confunden una rana con un elefante.
—¿Y yo qué soy, la rana o el elefante?
Bryan sonrió y alargó su mano para poner un *cassette* en marcha. La música brotó por el altavoz en un tono suave y acariciante que no molestaba para charlar.
—No serás morbosa, ¿verdad?
—No sé, no sé, todas las mujeres tenemos algo de santas, algo de histéricas, algo de morbosas y algo de sádicas.
—Sí, y algunas cosillas más. Si sólo tuvierais una faceta de las que has dicho, perderíais interés para los hombres o por lo menos para mí. Está bien, iremos al Luna Negra. Sé de muchas mujeres casadas que se chiflan por conocer las habitaciones de un burdel.
—Es que yo no soy casada.
—Pero lo serás, lo serás.
Bryan detuvo su coche cerca del Luna Negra y, poco después, entraban en el local nocturno. No había mucha gente. Pronto se les acercó la mujer que hacía las funciones de *maître*.

Su falda de lamé rojinegra comenzaba justo bajo la línea superior del monte de Venus y ya no había más ropa hasta la cinta de terciopelo negro que rodeaba su garganta. Los espléndidos senos se balanceaban con los movimientos de la provocativa hembra.

—¿Venís juntos? —preguntó, con un evidente desprecio hacia Laura.

—Sí. Queremos una mesa cerca de la pista, ríos han dicho que hacen un buen *show*.

—Un poco fuerte para las sensibilidades delicadas —advirtió la *maître*.

—Procuraré no desmayarme —replicó Laura irónica.

—Seguidme.

Mientras avanzaban, Laura observó de reojo a las mujeres sentadas a lo largo de la barra y también vio que la totalidad de clientes eran hombres solos, algunos de ellos ya acompañados por algunas de las chicas «gancho».

—Desde aquí podréis ver bien el *show* —indicó la *maître*. Luego preguntó—: ¿Casados?

—¿Hacen rebaja si los clientes son casados? —preguntó Laura siguiendo su línea irónica.

—No, no hacemos rebaja, pero tratamos de extremar el servicio. ¿Qué vais a tomar?

—Champaña.

—¿Alguna marca especial? —preguntó la *maître*.

Bryan se encogió de hombros.

—Decir francés es una vulgaridad, trae un buen champaña, frío y seco.

—De acuerdo.

—Creo que tenías razón, Bryan, este club es un poco especial —comentó Laura cuando la *maître* se hubo alejado.

—Si quieres que nos marchemos, estamos a tiempo.

—No, no, quiero estar aquí. —Miró a los hombres con disimulo.

—¿Buscas a alguien concreto?

—Quizá a Jimmy.

—¿Quién es Jimmy?

—El marido de una buena amiga.

—Hum, ¿es el que te gusta?

—No digas tonterías. Mi amiga tiene problemas y quisiera

ayudarla.

—Dice un aforismo popular que cuando uno se mete en las riñas matrimoniales ajenas sale mal parado.

—No se trata de arreglar ningún matrimonio, es que mi amiga está en un apuro y quisiera pasar luego por su apartamento para ver si se encuentra bien. Creo que vas a tomarme por una entrometida.

—Si se trata de ayudar a alguien en dificultades, cuenta conmigo. ¿Es compañera de la empresa?

—Sí. Verás, cuando inauguraron este club se comentó en la oficina y algunos hombres comenzaron a venir por aquí.

—¿Casados?

—Sí.

—Bueno, venir a desahogarse un poco no creo que sea nada malo.

—Puede, pero desde entonces, vienen ocurriendo cosas extrañas.

La aparición de una camarera con las copas y una botella de champaña les interrumpió mientras seguía sonando música ambiental proveniente de algún tocadiscos o magnetófono. Nadie bailaba y en la pista no había espectáculo alguno.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Bryan alzando su copa.

—Por la desaparición de todos los locales como éste.

Las dos copas sonaron al entrechocar.

Cambió la música y comenzó el espectáculo. Del suelo del escenario emergió una especie de diván sin cabezal y, al poco, aparecieron dos chicas vestidas con trajes chaqueta.

Se las hubiera podido tomar por dos visitadoras a domicilio de algún grupo religioso, llevaban incluso unos sombreritos bastante ridículos.

Las dos féminas, en actuación de mimo, iniciaron su representación como si acabaran de conocerse. Comenzaron con sonrisas, se dieron la mano y unos castos besitos en las mejillas.

La actuación fue avanzando y una de ellas, figuradamente, dijo algo al oído de la otra. Ésta hizo un gesto de gran sorpresa, se rió y pasó a ser ella quien decía algo a la otra.

Fueron cambiando sus actitudes pasando a caricias procaces y obscenas. Hicieron un *strip-tease* a dúo ayudándose mutuamente y poco después, en completa desnudez, en nada se parecían a las dos recatadas señoritas del principio.

Pasaron al diván donde se acariciaron y besaron, rebasando todos los límites.

Aquel numerito excitó la lujuria de los espectadores masculinos que era lo que se pretendía.

—¿Qué te parece? —preguntó Bryan.

—Que volveré a brindar porque desaparezcan estos locales.

—Ya te he dicho que era mejor ir a otra parte.

—Sigo interesada en conocer lo que ocurre aquí.

—¿Qué va a pasar aquí? Estos hombres que están en las mesas vienen a buscar sexo y lo encuentran. Primero se calientan la sangre y el sexo y luego, están esas chicas fáciles. Puedes imaginar donde terminan.

—Lo supongo, en la cama, pero tengo la impresión de que hay algo más, no sabría cómo decirlo, quizá ni siquiera lo sepa.

—Las mujeres siempre con vuestras intuiciones.

No hubo aplausos para el *show* de las lesbianas.

Hubo dos números más a continuación que no tenían mucho ni poco arte, eran representaciones obscenas en las que sólo participaban mujeres. Pese a todo, imitando incluso a los varones, conseguían los efectos deseados.

Al fin se presentó el número estelar que no era siempre igual, lo que hacía que los asiduos al club no se aburrieran.

El fondo del pequeño escenario era una especie de gruta. Dentro de ella ardía un gran fuego y podía simbolizar la puerta del infierno. Lilith apareció cubierta con una capa roja que llegaba hasta sus pies.

La cabellera suelta caía sobre su espalda y su rostro era de un extraordinario exotismo. Tenía mucho de lo que el ser humano podía imaginarse como una diablesa.

Avanzó hasta el borde de la pista mientras sonaba una música muy sensual; se detuvo y paseó su mirada por el público, gritando de pronto:

—¡Lilith está con vosotros! ¡Gritad conmigo, gritad conmigo, ansiosos de deseo: Satanás, dame placer!

—¡Satanás, dame placer! —gritaron casi al completo los asistentes.

—¡Satanás, que la lujuria sea con nosotros!

—¡Satanás, que la lujuria sea con nosotros! —pidieron todos.

—¡Satanás, gracias por enviarnos a Lilith!

—¡Satanás, gracias por enviarnos a Lilith! —fueron repitiendo.

El coro se cerró con un aplauso y Lilith comenzó a balancearse sin desprenderse de la capa mientras de la gruta salían cuatro supuestas diablesas que ocultaban sus cabezas con capuchas rojas.

Llevaban ceñidos pantalones de piel roja y botas de alta caña negras y un cinturón del que colgaban tintineantes cadenitas. Después de danzar alrededor de Lilith, saltaran del escenario y se internaron entre las mesas.

Los hombres trataban de sujetarlas, de manosearlas, ellas no les daban importancia, era como si estuvieran buscando algo. Terminaron rodeando la mesa en que se hallaban Bryan y Laura. Dos de ellas cogieron a Bryan por las manos como invitándole a que se levantara.

—No, no, yo no, coged a otro.

—Hombre, ¿no quieres acercarte a Lilith? —interrogó la propia Lilith desde el escenario.

—No es que no quiera, pero mejor que suba otro.

—¿Es que la hembra que te acompaña te lo prohíbe?

—Yo no le prohíbo nada —replicó Laura sin vacilar.

—Está bien, participaremos en el *show*.

Bryan se levantó y recibió un aplauso por parte del resto del público.

Al verlo alejarse, Laura Emerson tuvo una sensación desagradable, un escalofrió recorrió su espinazo. Pensó que debía reírse por la situación, mas no lo consiguió. Algo en Lilith la hacía mirarla con desconfianza, quizá fueran sus invocaciones a Satanás, sus ojos calientes, sus actitudes libidinosas.

Bryan, escoltado por las encapuchadas, subió al escenario y Lilith comenzó a danzar ante él. Movió sus brazos, sus manos y sus dedos delante de los ojos masculinos y se acercó para acariciarle el rostro y el resto del cuerpo.

Se quitó la capa roja, la lanzó al aire y ésta desapareció con un vuelo fantasmagórico, como si fuera un animal vivo, un ave nocturna de grandes alas.

Sobre su cuerpo, Lilith sólo llevaba un cinturón con cadenitas hechas de cristales que reflejaban la luz.

Se rozó toda ella contra el hombre y comenzó a quitarle la

chaqueta y luego le desabrochó la camisa.

Laura sintió que se le secaba la garganta y, al propio tiempo, ansió gritar que aquel hombre iba con ella, que le dejara en paz. Notó la mordedura de los celos dentro de su cuerpo.

«Lo ha hipnotizado —se dijo—. ¿Qué terminará haciendo con él?».

Como si alguien hubiera captado su muda pregunta, unas mesas más lejos una voz masculina, cargada de alcohol, comentó en voz alta:

—No parará hasta exprimírselos, ni una sola gota le va a quedar. —Y se rió de forma insultante.

Bryan estaba ya desnudo de cintura para arriba. Lilith se frotó contra él por la espalda y luego, frente por trente. Se apartó ligeramente y le bajó la cremallera de los pantalones.

—Basta, ya está bien de broma —cortó Bryan bruscamente, volviendo a subir la cremallera.

—¿Es que no me deseas? —musitó Lilith con una voz que encendía.

—No soy de piedra, pero prefiero a mi compañera y si creías haberme hipnotizado, te equivocaste, aunque yo me haya hecho el idiota por unos momentos.

Recogió su camisa y su chaqueta y abandonó el escenario, dejando furiosa a Lilith que cerró los puños con fuerza.

—¡Hombre, sube, sube y tendrás lo que quieras!

—Olvídame.

—¡Tendrás una, cinco, diez mujeres, incluso la que te acompaña será tuya!

—Pero… pero ¿qué se ha creído esa puerca? —balbució Laura exaltada, ya sin poderse contener.

—Vamos, vamos —le pidió Bryan dejando unos billetes sobre la mesa.

—¡Buuuu, buuuu!

El abucheo fue general, los demás clientes parecían ansiosos de contemplar las fornicaciones públicas.

Laura se dirigió a la salida abochornada. Antes de que consiguieran abandonar el local, la voz de Lilith sonó fuerte y amenazadora, con una potencia que sólo podía comprenderse apoyada por un buen servicio de altavoces.

—¡Esto no quedará así! ¡Volveremos a encontrarnos y fornicaremos hasta que quedes exhausto y ella…!

Laura no pudo escuchar más, salió apresuradamente a la calle y el frío del exterior semejó reanimarla. Aspiró con fuerza y cerró los ojos como si sus párpados pesaran de forma inaguantable.

—Bueno, ya has visto el dichoso Luna Negra, ahora ya sabes de qué se trata —rezongó Bryan.

—Sí, sí, mejor hubiera sido no venir, pero ahora ya sé de qué va todo aquí. ¿De veras crees que fornicarán en el escenario?

—Me temo que sí. Si no llego a concentrarme para que no me hipnotizara, hubieras acabado presenciando un espectáculo demasiado grosero y obsceno, ella iba dispuesta a todo.

—Vámonos, vámonos.

Subieron al coche y se alejaron.

—¿Lo que has visto es lo que esperabas encontrar?

Laura dudó antes de responder.

—No sabía qué buscaba, estoy confusa. Quizá la actuación de esa mujer sea la causante de algunos matrimonios rotos.

—Es posible, siempre que la pareja no esté bien unida. Si una mujer no recibe el amor, el cariño, el sexo que necesita de su marido y aparece un tercero que se lo ofrece, es posible que ella ceda en el adulterio y en el hombre ocurre otro tanto. Si la esposa no sabe entregarse y participar en los juegos del amor y el marido se topa con una mujer como esa Lilith, difícilmente volverá junto a su esposa. Lilith desata la lujuria, suelta las cadenas del sexo y cuando un hombre se ha entregado totalmente, es difícil que regrese a una mediocridad que no le compensa.

—Es que esa mujer no ofrece una sensualidad sana, todo lo contrario. Comienza invocando a Satanás como si fuera una sacerdotisa del diablo.

—¿Es que no recuerdas quién es Lilith?

—¿Lilith, la hebrea?

—Sí, aparece en una antigua leyenda hebrea citada en el Talmud.

—Ya, se dice que fue la primera esposa de Adán, pero que era estéril, ¿no?

—Eso es, y según la leyenda, los hijos que debería tener ella los engendran otras mujeres y son diablos íncubos o súcubos que luego

esparcen por el mundo el fruto del pecado.

—Sí, pero esa mujer no es la Lilith que cita el Talmud, es una cualquiera que se llama o se hace llamar Lilith.

—No sé, no sé. En el escenario ha habido un momento que he tenido miedo de ella, sus pupilas eran como diminutas hogueras ígneas. Me he dicho que debía concentrarme para no dejarme hipnotizar o sugestionar por ella. Esa mujer es tan extraña como especial. ¿No has oído hablar de personas que tienen poderes especiales?

—Sí, pero…

—Bueno, será mejor que me ría yo también —aceptó Bryan con un suspiro—. Estoy hablando como si hubiera llegado a creer que esa Lilith pueda ser la que cita la leyenda que sigue viviendo o que ha retornado a la Tierra saliendo de los infiernos. Es de risa, en este momento en que todo el mundo deja de creer en el infierno, yo digo estas cosas.

—Ya que lo dices, ¿no te parece raro que actualmente que ya no se cree en el infierno haya más gente que invoca a Satán y de una forma descarada?

—Creo que la noche nos está embrujando, Laura, y vemos cosas que no son.

—¿Cómo eso? —preguntó la joven, exaltada de pronto.

A través del cristal parabrisas, sobre el fondo negro de la noche, vieron dos grandes ojos, rojos y llameantes, fijos en ellos.

Laura ahogó un grito en su garganta mientras Bryan hacía un brusco viraje. Dobló por una calle donde las paredes de los edificios eran más altas y encajonaban la propia calle. Frenó, estacionándose a doble fila.

—Tranquilízate, Laura —pidió.

—¡Eran dos ojos, dos ojos enormes!

—No, no, debemos estar obsesionados, habrán sido dos farolas que nos han deslumbrado.

—No, no, eran dos ojos y tú los has visto como yo, dos ojos suspendidos en el cielo que nos miraban como si nosotros fuéramos insectos y los ojos, los de una gata negra que tuviera las pupilas encendidas en sangre y fuego, sí, sí, eso es…

CAPÍTULO VI

Laura pulsó el llamador musical del apartamento y aguardó. Mirándola, era fácil descubrir su nerviosismo, sus manos temblaban y se mordía ligeramente el borde de los labios.

Era una muchacha que no se alteraba fácilmente, pero ahora tenía la impresión de haber penetrado en un nudo de problemas que tenían algo en común y le costaba controlar su tensión nerviosa.

Deseaba tenderse en una cama y dormir, dormir largas horas que la descansaran anímicamente, pero antes debía comprobar por sí misma que a Bárbara no le había ocurrido nada.

Al no obtener respuesta, volvió a llamar. Ya se disponía a marcharse cuando se abrió la puerta.

—¿Quién es?

—¡Bárbara!

—¿Laura?

—Sí, soy yo.

Era como si Bárbara estuviera medio dormida e iba enfundada en una bata larga.

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? Vamos, déjame pasar, no te voy a hablar desde aquí afuera.

Bárbara vaciló pero al fin se hizo a un lado franqueándole la entrada.

—Estaba durmiendo.

—Te he llamado varias veces y no respondía nadie.

—No he oído nada, estaría en el baño.

—Bárbara, ¿qué te ocurre?

—¿A mí?

—Sí, estás muy pálida, das la impresión de estar enferma.

—No, no, tú ya sabes que…

—Que estás embarazada.

—No, no digas nada —pidió, dándole la espalda y acercándose a la estantería de donde tomó una botella de *whisky*. Se sirvió en un vaso sin preocuparse de invitar a Laura.

—¿Qué te pasa, Bárbara, te estás dando a la bebida?

—Sólo es un trago, me hace bien.

Laura se le acercó mirándola a los ojos que Bárbara rehuyó, como temerosa de su amiga.

—La bebida te hará daño a ti y también a ese nuevo ser que llevas en tus entrañas.

—¡Déjame en paz, Laura, nadie te ha dado derecho a meterte en mi vida privada y ahora me siento muy cansada!

—Bárbara, soy tu amiga y sé que estás en problemas, tú misma me lo has contado, déjame ayudarte.

—¡No necesito tu ayuda! —rechazó bruscamente, volviéndose.

Laura, sin querer, la tocó en el vientre y Bárbara dio un respingo de dolor.

—¿Qué te pasa, te he hecho daño?

—No, no.

Se sentó con un gesto de dolor en su rostro. No había soltado el vaso de *whisky* y se bebió todo el contenido, buscando ayuda en el alcohol.

—Tú no estás bien, llamaré a un médico.

—¡No lo hagas y no te metas más en lo que no te importa! —reaccionó con viveza.

—Está bien. Si lo que deseas es que me marche, me iré.

—Laura, no te enfades conmigo —suavizó—, estoy algo nerviosa…

—Y yo también.

—Tú sabes lo que me pasa.

Laura, dándose cuenta de que Bárbara cedía, haciéndose más accesible, se sentó cerca de ella en vez de dirigirse a la puerta para abandonar el apartamento.

—Si estás mal, será mejor que veas a un médico.

—Ya se me pasará. Después de todo, es mi primer embarazo y ya sabes que muchas mujeres no lo toleramos bien.

—Pero parece que te duele el vientre.

—No es nada, nada, no insistas, por favor.

—¿Se lo has dicho ya a Jimmy?

—¿Jimmy?

—Sí, Jimmy, parece que te esté hablando de un extraño. ¿Se lo has contado?

—No, no le he visto. Mira, Laura, me duele la cabeza y deseo dormir, dormir mucho.

Laura comprendió que su amiga rehuía todas las respuestas, no había forma de que abriera sus sentimientos y así tratar de ayudarla.

—Está bien, te dejaré tranquila. ¿Y mañana?

—¿Mañana?

—Sí, mañana es un nuevo día. Hoy no has aparecido por la oficina, deberás justificar tu ausencia o te despedirán.

—Sí, claro. ¿Qué crees que debo hacer?

—Un médico podrá excusar tu mal estado.

—Sí, haré lo que dices.

—¿Y Jimmy?

—Se ha marchado, no volveré a verlo.

—¿Le dijiste lo del embarazo? —insistió Laura.

—¡Sí, sí, se lo dije! —exclamó con furia.

—¿Y…?

—Pues, pues, no quiso saber nada… Por favor, Laura, déjame, déjame.

Esta vez sí se alejó Laura hacia la puerta, convencida de que en cuanto abandonara el apartamento, Bárbara se derrumbaría en el pozo de los sollozos.

Temía por ella. Su angustia, su casi desesperación, podía abocarla a un trágico desenlace.

Salió a la calle. Bryan esperaba metido en su coche. Al sentarse junto a él, el joven la interrogó con la mirada.

—Está arriba.

—¿Lo ves? No ha pasado nada.

—Hasta ahora.

Bryan miró hacia arriba.

—¿Su apartamento es de los altos?

—Sí.

—En una situación desesperada, eso es peligroso. ¿Está sola?

—Sí.

—¿Y su marido?

—Dice que se ha marchado, que no volverá a verlo. Hubiera querido quedarme a hacerle compañía hasta que pasara la crisis, pero rechaza toda ayuda, no quiere ver a nadie.

—Y tú estás temiendo que termine como la otra chica de la oficina, muerta, ¿no?

—Sí, Bryan, temo que pueda ocurrir lo mismo.

Bryan puso en marcha el automóvil y se alejó sin prisas. Era un hombre que amaba el deporte, pero rechazaba las brusquedades innecesarias y los ruidos estentóreos que muchos provocaban para llamar la atención, porque no podían llamarla por sus propios valores físicos e intelectuales.

—¿Te llevo a tu casa?

—Sí, será lo mejor, creo que estoy viviendo una noche desagradable.

—¿Por mi culpa?

—No, no, tú no tienes la culpa; en todo caso, yo, por empeñarme en que me llevaras al Luna Negra.

—Eso ya ha pasado.

—Sí, ha pasado, pero Bárbara ha terminado de ponerme nerviosa.

—No eres su madre, su hija ni su hermana.

—Soy su amiga.

—Nada puedes hacer, ya te lo ha dicho ella, deja de torturarte.

—Creo que tienes razón —suspiró Laura—. Me estoy preocupando en exceso por los problemas de los demás. Si mi padre se preocupara por los que pasan por sus manos un día tras otro como lo estoy haciendo yo ahora, ya habría enloquecido.

—Lo que necesitas es divertirte un poco, airear tu cabecita, dar oxígeno a tu imaginación. Distorsionamos lo que vemos y luego lo engrandecemos, es como fabricarse el terror uno mismo, sin motivos razonables.

—¿Será que me estoy volviendo loca?

—No digas tonterías. ¿Te hace un paseo en balandro? Pienso salir a la mar este *week-end*.

—¿No decías que estaba roto?

—Está en reparación y debo sacarlo a prueba. No iré lejos por si

vuelve a fallar.

—No, gracias, no cuentes conmigo; además, aún hace frío.

—¿Y cuando haga mejor tiempo?

—Quizá, ya veremos.

—Te lo recordaré.

—¿No te enfadas?

—No, no, cada cual es libre de tener sus temores. Hay quien disfruta buceando y otros escalando montañas, hay gustos para todo. Esto de navegar es afición, pero también costumbre. Al principio es cierto que impresiona perder de vista la línea de la costa, especialmente si uno no tiene facilidad para orientarse por el sol y las estrellas, pero cuando se aprende un poco, cada vez gusta más. Estoy seguro de que terminará por gustarte, me empeñaré en ello.

—Si tanto te empeñas, es posible que termine siendo marinera.

Laura quiso reírse y no lo consiguió; el rictus quedó helado en su rostro y para quitarse la desagradable sensación busco un cigarrillo mientras los faros del auto taladraban la oscuridad de las calles solitarias.

CAPÍTULO VII

—Es un magnífico emisor-receptor —opinó el viejo lobo de mar que se había convertido en propietario del pequeño astillero deportivo.

—¿Y por qué no lo has montado aún? —se quejó Bryan.

—Muy sencillo, porque sería una pena quedarse sin él a la primera salida a alta mar.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Mira, Bryan, debes acondicionar mejor la cabina de tu Tritón, tienes una vía de agua y hay que revisar el techo. Has de gastarte algo de plata.

—Ese emisor-receptor ya me ha costado firmar varias letras de cambio.

—Si insistes para que lo meta en el balandro, lo haré, pero no me hago responsable de la factura de reparaciones.

—Está bien, está bien —rezongó Bryan—. Hoy lo sacaré a navegar un poco para ver qué tal funciona el motor adicional.

—Irá bien, ya verás. Tenías el carburador hecho una pena, poca limpieza, eso es, poca limpieza.

—Es que yo no me puedo pasar todo el tiempo montando y desmontando el motor.

—Descuida, que esta vez lo ha hecho mi mejor mecánico por ti. Por el reforzamiento del techo de la cabina no te preocupes, te lo haré barato y si no puedes pagar, me firmas unos pagarés; sé que ahora tienes un buen empleo.

Bryan exhaló un suspiro.

—A este paso, voy a comprometer mi paga de aquí a diez años; es un vicio caro tener un cascarón navegable.

—Tu balandro no es ningún cascarón, ya lo quisieran muchos

que se hacen a la mar. Tu Tritón es muy marinero y te lo digo yo, que sé mucho de esto, sólo que necesita algunas reparaciones. Si tu coche pierde aceite, agua, combustible o le sale una gotera, ¿no lo llevarás a reparar? Claro que sí, pues tu balandro lo mismo.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo sacaré hoy para ver lo que has hecho y luego, la semana próxima, tú verás las composturas que me haces, pero si te crees que soy un banquero o algo por el estilo te vas a pillar los dedos, porque no pienso pagarte.

Antes de que el patrón del astillero replicara, una voz llamó:

—¡Bryan, Bryan!

—Eh, esa chica te llama.

Bryan se volvió hacia la mujer que se les acercaba y que vestía unos *shorts* blancos luciendo sus piernas. Un jersey rojo ceñía sus hermosos senos y sobre la cabeza, una gorra marinera. De su mano colgaba una bolsa deportiva impermeabilizada.

—¡Laura!

Bryan se le acercó hasta cogerle una mano y ambos sonrieron.

—¿Me llevas en tu barquito?

—Sí, claro que sí. Como dijiste que no querías salir, iba a zarpar ya. ¿Seguro que lo deseas?

—Sí, claro. ¿Por qué, si no, he venido de esta guisa?

—Tenga cuidado, señorita, la mar está algo movida y el patrón del Tritón no es muy de fiar —rezongó el viejo lobo de mar.

—Si trata de seducirme, lo arrojaré al agua para que se enfríe.

—Ten cuidado, Bryan, parece que la chica es capaz de cumplir su amenaza. Por si acaso, antes de intentar seducirla, ponte el chaleco salvavidas.

—No hay nada peor que un viejo marinero con ganas de charla. Deben haberte obligado a callar siempre y ahora que estás en tierra no pegas la lengua, bla, bla, bla —se rió Bryan.

—¿Es ése tu balandro? —preguntó Laura, señalando al Tritón.

—Sí, ése es. Admito que le falta algo de reparación y dos manos de pintura, pero no andaba muy bien de fondos. Espero que con lo que gane ahora en la aseguradora…

—¿Y es muy caro? El barco parece grande.

—No es que sea grande, es el velamen que puede parecerlo. Sólo tiene tres literas en la cabina. Eso sí, es muy navegable y si se sabe patronear, resulta bastante seguro.

—Pues, adentro.

La joven saltó al interior de la embarcación. Bryan la siguió tras quitar amarras y puso en marcha el motor adicional que le servía para las maniobras portuarias o para escapar de las calmas chichas. Comenzó a despegarse del malecón, el balandro obedeció bien y pronto se alejaron de los muelles.

—¿Te importa hacia dónde vayamos? —preguntó Bryan casi a gritos mientras desplegaba las velas.

—Hacia donde nos lleve el viento.

—Entonces iremos en dirección sur. Pasaremos por la desembocadura del río, ¿lo has visto alguna vez desde la mar?

—¡No!

—Podría ser muy hermoso si no bajara contaminado.

Bryan detuvo el motor y fijó el velamen y el timón con el rumbo más favorable, bordeando la costa en dirección sur.

—¿Ya has terminado las maniobras, marinero? —preguntó la mujer que se había acomodado en la pequeña cubierta de proa mientras el balandro alzaba la quilla de proa y volvía a descender como si fuera un gran cuchillo cortando el agua. El viento les era óptimamente favorable.

Ante la sorpresa de Bryan, ella se quitó el jersey quedando en *shorts* para que el sol de la tarde acariciara la desnudez de sus pechos.

—Te vas a enfriar.

—Cualquiera diría que me estás pidiendo que me tape.

—No, pero aquí arriba hace frío, el viento no es muy cálido y dentro de poco oscurecerá.

—No temas, no soy de fácil enfriamiento, tengo la sangre muy caliente.

Oscureció.

Bryan bajó a la cabina tras fijar el timón, dejando que el balandro navegara por la fuerza eólica y comenzó a preparar una cena fría. Se hallaba dedicado a esta tarea cuando bajó Laura con el jersey en la mano.

—Huele bien esto, Bryan. ¿Tienes hambre?

—Sí, un poco. ¿Tú no?

—Sí, también comeré un poco, sin abusar.

—Es increíble lo que resistes el frío.

—Las mujeres resistimos muchas cosas mejor que los hombres; son muchos los que empiezan a darse cuenta de que sois vosotros y no nosotras el sexo débil, aunque podáis tener fuerza bruta.

Cenaron y bebieron mientras el balandro se balanceaba visiblemente.

—¿Podremos dormir sin peligro?

—Sí, no temas por el rumbo, poco a poco iremos virando a babor. Tengo el cálculo hecho y por la mañana habremos girado ciento ochenta grados.

—¿Eso quiere decir que estaremos de regreso?

—Sí, haciendo un gran círculo en alta mar.

—No iremos contra la costa, ¿verdad?

—No, no tengas miedo, si le ocurriera algo al timón sonaría un timbre de alarma que me avisaría.

—Entonces, podemos gozar tranquilamente de nuestra intimidad. ¿Dónde dormiremos?

—En las literas, hay tres.

—Un poco estrechas, ¿no? —opinó Laura poniéndose en pie.

Por el balanceo de la embarcación, trastabilló y cayó en brazos de Bryan que la sujetó.

—Bryan, me gustas.

—¿No tienes miedo ahora? —preguntó él, teniéndola entre sus brazos.

—¿Por qué? A tu lado estoy segura.

—Puedo tratar de seducirte.

—Si lo intentas, no podré impedirlo —musitó ella con voz suave y a la vez ronca, con una sonrisa que era una invitación a las caricias labiales.

Bryan acercó su boca a la femenina y la besó, viéndose inmediatamente correspondido. Le sorprendió un poco aquella entrega sin barreras por parte de la mujer. Toda ella ardía, toda ella era sexo que absorbía y subyugaba.

En el primer abrazo, en las caricias y roces mientras se hallaban sobré una de las literas, el hombre tuvo la impresión de que no era él quien controlaba la situación sino que era ella quien la estaba dominando, lo que no le parecía lógico. No había creído que Laura fuera capaz del furor sexual que estaba mostrando en aquellos momentos.

Bryan, sintiéndose desbordado por la lujuria que la mujer transpiraba por todos sus poros, levantó ligeramente la cabeza y miró los ojos de ella que estaban cerrados.

De pronto, los abrió y Bryan vio sus pupilas. Quedó aturdido, desconcertado, casi aterrado.

Las pupilas eran de un color rojo amarillento, un color que no era fijo, un color que brillaba y despedía luz. Eran como dos diminutas hogueras llameantes. Apartó más la cabeza y descubrió una sonrisa diabólica en la boca femenina, una sonrisa de triunfo.

—¡Tú no eres Laura!

Bryan se apartó de ella con brusquedad. Los dos estaban ligeramente bañados en sudor.

—No seas idiota, acércate, tendrás todo el placer que ansias y más.

—Tú no eres Laura… ¿Quién eres, por qué te pareces tanto a ella, por qué?

—Hazme tuya y será como si poseyeras a Laura, las mismas sensaciones, los mismos efectos…

—¡No, no, tú debes ser Lilith, Lilith…!

Ella se rió de él y lentamente se puso en pie, mostrándole la desnudez provocativa de un cuerpo careado de fuego.

—Eres un cobarde.

Bryan salió de la cabina y sacudió la cabeza de un lado a otro como para limpiarla de pensamientos turbios. Aspiró el aire con fuerza para llenar y enfriar sus pulmones.

No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Quién era aquella Lilith, era lo que parecía, una enviada de Satán? No, no, él no podía creer tales cosas… Era un hombre pragmático, nada aficionado a ocultismo, espiritismos ni religiones en general.

Se consideraba un hombre aséptico anímicamente, poro ahora, aquella mujer que suplantaba a otra, aquellos ojos que eran fuego, como salpicaduras del mismísimo infierno, le impulsaban hacia un vacío plagado de tinieblas donde seres demoníacos le aguardaban para engullirlo.

De pronto, se vio empujado sorpresiva y violentamente. Cayó al mar por encima de la barandilla y como si sus sensaciones se hubieran convertido en realidad, se hundió en las aguas negras de la noche marina.

Bryan era un buen nadador y pudo girar sobre sí mismo. Su cabeza no tardó en reaparecer en la superficie.

La mujer estaba en la cubierta de popa, mirándole, y era como si toda ella fosforeciera mientras reía, se reía de él a carcajadas.

—¡Espeta, espera! —gritó Bryan, dando brazadas hacia el balandro que se alejaba empujado por un viento favorable. El agua llenó su boca y una nueva llamada se perdió.

Detuvo las brazadas y miró hacia el Tritón que se alejaba más y más.

La figura femenina se veía ya pequeña, mas sus carcajadas parecían extenderse en derredor, como multiplicadas por un eco que allí no podía existir y se metían dentro del cráneo masculino, hiriéndole.

—¡Esperaaaa!

No hubo espera. El balandro se alejó hasta desaparecer en la noche.

Bryan no era un viejo lobo de mar, era simplemente un marino deportivo, un marino de vacaciones y de *week-end*, pero sabía lo suficiente como para darse cuenta de que un hombre abandonado en la mar y de noche, estaba perdido.

No tenía ni chaleco salvavidas y notaba la frialdad del agua, no era precisamente verano.

Alzó sus ojos hacia las estrellas y las escrutó como pidiéndoles ayuda. No podía hallarse muy lejos de la costa, tres o cuatro millas, pero la noche y también la distancia le impedían verla.

Se mentalizó, era su única forma de salir adelante, si es que tenía alguna probabilidad de acabar con vida.

Tras orientarse, tomó un nimbo y comenzó a nadar sin prisas, evitando la posible fatiga. Permanecer quieto podía significar un enfriamiento progresivo del cuerpo; no sabía hasta dónde llegaría, pero estaba dispuesto a luchar por su vida.

Sus condiciones atléticas, de deportista que no había perdido forma, le ayudaron a coger el ritmo como podía mantenerlo un *maraton-man* que se mantenía en él corriendo kilómetros y kilómetros sin desfallecer.

De vez en cuando, sin detenerse, miraba al cielo y preguntaba a las estrellas para no errar el camino hacia la costa.

Se sentía desfallecer, pero seguía braceando. Uno, dos… Uno,

dos… Uno, dos…

Tenía la impresión de que no llegaría jamás y el tiempo pasaba, segundos, minutos, horas.

La extraña Lilith le había asesinado y ahora estaba en la agonía; después vendría un ligero desfallecimiento y a continuación, la muerte. Si le encontraban sería flotando en las aguas o enganchado a alguna roca de la costa.

De pronto, captó un ruido que no era el que había estado oyendo hasta aquel momento. Miró por encima del agua y, en principio, no vio nada. Sacudió su cabeza para quitar el agua de sus ojos y divisó unas luces a lo lejos y a su derecha.

—¡Tierra!

No tardó en comprender que el ruido se debía al rompimiento del oleaje en una playa.

Vio espuma y evitó ir a dar contra una roca que podía destrozar su cuerpo. Nadó pasando entre dos rocas y, al fin, sus manos tocaron por debajo del agua la gruesa arena de la pequeña playa.

Dos brazadas más y escapó a la muerte en el mar. Gateó sobre la arena y jadeó, recuperándose. Estaba aterido.

Exhausto, se dejó caer sobre la arena. Descansó un rato y notando que la ropa empapada se le enfriaba encima, se levantó y comenzó a caminar, encontrándose con la pared de un acantilado negro y siniestro.

Lo más sensato era aguardar al nuevo día, pero Bryan no quiso quedarse quieto y buscó un camino para trepar por las rocas.

Agarrándose a matojos y piedras, escaló temerariamente el acantilado. Varias piedras se desprendieron a su paso y en más de una ocasión estuvo a punto de caer, pero su ansia de vivir era tal que sus dedos se transformaron en verdaderos garfios de acero.

Cuando ya creía imposible la aventura, con las uñas rotas y sangre en las manos, llegó a lo alto. Caminó tambaleándose hasta que encontró la cinta oscura de la carretera.

Aguardó a que pasara algún vehículo para hacer auto-stop y pasaron más de diez sin detenerse hasta que lo hizo un camionero que le invitó a subir a la cabina.

—¿Qué le ha pasado, un accidente?

—Sí, mi balandro, me he caído al mar. Puede dejarme a la entrada de la ciudad, allí cogeré un taxi.

—¿Lleva dinero?

—No, pero pagaré a mi llegada, no se preocupe.

—Va a pillar una pulmonía. ¿Le hace un cigarro?

—Sí, gracias.

—Yo no bebo, pero llevo una botella de *whisky* por si hace falta un trago de vez en cuando.

Bryan encontró la botella donde el camionero le indicó. Casi dos horas más tarde, cuando llegaron a las puertas de la ciudad, Bryan se apeó.

—¡Gracias!

—Si quiere, le ayudo, le veo muy mal.

—¡Gracias, gracias!

Bryan cerró la portezuela y el camión prosiguió su marcha.

Avanzó a pie hasta encontrar un taxi al que detuvo. El taxista le miró suspicaz y Bryan explicó:

—No tema, no soy ningún delincuente, es que he tenido un accidente. Lléveme a la dirección que le diga, allí le pagaré; he perdido hasta la cartera.

Con recelo, vigilándole por el espejo retrovisor, el taxista le llevó al Garden Side hasta detenerse ante la casita de los Emerson.

—Aguarde, ahora le pago.

El taxista le vigiló mientras Bryan se acercaba a la puerta de la casa de una sola planta con jardín. Tuvo que llamar dos veces hasta que se abrió la puerta y apareció Laura envuelta en una bata.

—¡Bryan!

—¿Puedes pagarle al taxista?

—Sí, sí, claro, pasa. ¿Qué te ha ocurrido?

Laura tomó su billetero y salió a pagarle al taxista que preguntó:

—¿Todo bien, señorita?

—Sí, sí. ¿Qué le ha pasado?

—No sé, dice que ha tenido un accidente. ¿Quiere que avise a la policía?

—No, no, que lo decida él. Gracias y tenga esto para usted.

—Gracias. —Y se alejó.

Cuando Laura regresó al interior de la casa, Bryan se había derrumbado sobre el sofá, exhausto y dormido.

CAPÍTULO VIII

Bryan se despertó con una gran sensación de bienestar gracias al largo y profundo sueño. Se miró las manos a la luz que se filtraba a través de la ventana y antes de que pudiera identificar lo que le ocurría, una voz grave y paternal le dijo:

—Es mercurocromo, las heridas no eran profundas. En unos pocos días no quedará señal de nada.

Se volvió hacia la butaca y descubrió a un hombre de cabeza venerable. De sus labios, más que cogida, pendía una cachimba.

—¿Es usted el doctor Emerson?

—Sí, el padre de Laura.

Bryan se medio incorporó en la cama y constató entonces su completa desnudez.

—¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Desde la madrugada, ahora es mediodía. Esperaba que durmiera más, estaba usted muy agotado, joven.

—Sí, creo que me cansé mucho.

—Posee una gran vitalidad. Mojado como estaba y con el frío que hacía, otro habría cogido una pulmonía y se habría ido al cementerio. Usted, ni un resfriado. Es un buen ejemplar de *homo sapiens erectus*.

—Será que tengo suerte.

—Eso es cierto. Practicar un deporte favorece mucho, pero hay sujetos que tienen la suerte de nacer con muchas defensas contra las enfermedades. Usted, visto desde el punto de vista biológico y antropológico, sería un buen ejemplar de semental. Por ley de herencia, transmitiría muchas de sus defensas e inmunidades a su prole.

—No tengo vocación de semental aunque, por supuesto, no

rechazo el apareamiento, todo lo contrario. Habla usted de una forma que me hace recordar la extracción aséptica del semen del macho para repartirlo gradualmente en las hembras por inseminación artificial.

—Disculpe si le he molestado, es deformación profesional, soy patólogo.

—No, no me ha molestado, todo lo contrario, le estoy agradecido. La verdad, escapé del mar y en vez de ir a mi apartamento vine aquí porque pensé que un poco de ayuda no me vendría mal.

—Un hombre que sabe pedir ayuda cuando la necesita es porque confía en el prójimo, y el hombre que confía en su prójimo es capaz de ayudar a sus semejantes.

—Oiga, usted, en vez de médico, podría ser conferenciante. ¿Dónde está mi ropa? Supongo que llegué con ella puesta.

—Ahora se lo diré a Laura, ya debe de estar seca. —Se levantó —. Ah, no tema, está usted bien y no tiene nada roto. Coma bien y por la tarde estará como nuevo.

El doctor Emerson abandonó la habitación. A Bryan le cayó bien aquel hombre tranquilo que no parecía alterarse con facilidad.

Laura le trajo su ropa limpia, viendo al hombre desnudo hasta la cintura, pues seguía sentado en la cama, cubriéndose en parte con la sábana y la colcha.

—Te ves bien, ayer llegaste hecho una pena. Creí que tendría que ingresarte en un hospital.

—Gracias por acogerme en tu casa. A tu padre no parece haberle sentado mal.

—Papá es muy comprensivo, aunque no creas que vaya a traer aquí a mis digamos problemas íntimos.

—Comprendido, ahora me toca explicarme a mí. Llegué tan fatigado que me dormí.

—Si no quieres contar nada, no tienes por qué hacerlo. Vístete, dentro de media hora estará la mesa lista y comeremos los tres. —Se abrió la puerta del cuarto y se escucharon unos ladridos—. Míralo, «Kitty», míralo, no es ningún intruso —le dijo Laura a la perrita.

El animal se acercó, ladró un poco más a Bryan y luego se calmó, sentándose en plan observativo.

—Estuve en mi balandro y caí al mar. Era de noche y pensé que había llegado mi última hora. El balandro se alejó hasta perderlo de vista y yo me hallaba a varias millas de la costa. Pensé en ti y decidí salvarme nadando; lo conseguí.

—¿Ibas solo en tu barco?

—¿Me dejas preguntarte algo antes?

—¿Qué es lo que deseas preguntar?

—¿Qué hiciste ayer?

—¿Ayer, cuándo?

—Sobre el mediodía.

—No sé, estuve aquí, en casa.

—¿No saliste para nada?

—No.

—¿Nadie vino a visitarte?

—No, seguro que no. ¿Qué es lo que tratas de averiguar?

—Nada, nada.

—Bryan, o nos tenemos confianza o rompemos esta amistad que hemos comenzado. Tú tienes dudas respecto a algo sobre mí.

—No exactamente sobre ti, pero me ha ocurrido algo muy extraño, algo que ayer, cuando estaba en mi balandro, vi claramente, pero ahora, a pleno día, me parece increíble.

—¿Qué es lo que te parece increíble?

—Una mujer me arrojó al agua.

—Entonces, ¿ibas acompañado?

—Sí.

—Bien, no me importa, es asunto tuyo. Yo te dije que no quería ir y si tú te buscaste compañía… —le dijo con una frialdad forzada.

—No seas tonta, la mujer que vino conmigo eras tú.

—¿Yo, estás loco?

—No, no estoy loco y tú me arrojaste al agua para que me ahogara.

—Deja, deja, voy a llamar a papá…

—No estoy loco, Laura, ya te lo explicaré mejor. Luego me acompañarás al muelle deportivo, he de saber lo que ha ocurrido con mi balandro.

Laura, perpleja, abandonó la estancia. Bryan se levantó, vio que el cuarto de aseo estaba al lado y aprovechó para darse un duchazo. Se vistió y cuando bajó al comedor, la mesa se hallaba dispuesta.

—Joven, vamos a ver cómo se recupera a base de alimentación. Laura ha preparado un *tournedó* especial; no crea, para mí nunca lo prepara.

—Papá…

—Huele de maravilla y supongo que sabrá mejor.

—Luego hay pastel de manzana con nueces, plato especial de Laura.

—Papá, cualquiera diría que quieres que Bryan se fije en mí como una chica casadera.

Bryan, con un pedazo de carne ensartado en el tenedor, comentó:

—Antes, el doctor me ha dicho que soy un buen ejemplar de semental que podría ser el padre de unos hijos espléndidos. ¿No es eso, doctor?

—Así es. Ya me gustaría que Laura se aparejara físicamente con un hombre de sus propiedades físicas y biológicas, aunque para estar más seguros tendría que hacerle ciertos análisis.

—¡Papá!

—¿Me haría una autopsia para asegurarse?

—Mal iba a servir luego para tener hijos. Pero lo que todavía no he dicho, es que un hombre cromagnónico físicamente quizá podría ser espléndido para aparearlo con mi hija, pero social e intelectual mente, seguro que no y a usted, en esa otra faceta, no le conozco.

—Gracias por su franqueza.

—Los dos sois insoportables, me estáis haciendo sentir en ridículo —protestó Laura.

—Estas chicas de ahora que se llaman modernistas, feministas y unas cuantas cosas más y luego no saben aceptar una conversación abierta —ironizó el padre—. En fin, he comido muy bien. Hoy tengo que ir a jugar una partida de ajedrez con mi amigo el doctor Larryman.

—¿Reunión de médicos?

—No, no, él es antropólogo. Si va por su casa podrá tomarle medidas.

—Gracias, algún día pasaré a ver si mi cráneo es más pequeño de lo que debiera.

—Laura, pórtate bien, ya sabes que no me meto en tu vida privada, pero si llega un nieto, prefiero que me trate como al

abuelito y no como a un padre.

El doctor Emerson no tardó en marcharse. Se oyó el ruido de la puerta al cerrarse y después se alejó paseando por la amplia acera.

—¿Va a pie?

—El doctor Larryman vive a un par de manzanas de distancia.

—Tu padre es un tipo muy agradable.

—Sí, trata de ser simpático para olvidar sus noches de autopsias en el hospital. Es un trabajo muy duro que no resistiría en absoluto.

—Se ha de tener una gran sangre fría y otras muchas cualidades para realizarlo, yo tampoco sería capaz de llevarlo a cabo.

—¿Un café?

—Sí, gracias.

—Ahora, sin bromas, me dirás todo lo que antes has insinuado, pero no has llegado a aclarar.

—Vamos primero al muelle deportivo, si no te importa.

—Está bien. ¿Cómo te sientes las manos?

—Como dice tu padre, no es nada importante, fueron rascadas con piedras y matojos secos. Ah, mi coche está en el propio muelle deportivo.

—Entonces, iremos en el mío.

Salieron a bordo del automóvil de Laura, conducido por ella misma.

Cruzaron la ciudad y llegaron al muelle deportivo. Estacionaron el vehículo y se dirigieron al astillero del viejo lobo de mar que los vio llegar.

—¡Bryan, muchacho, qué susto nos has dado! Cuando me dijeron que tu balandro estaba encallado en los arrecifes temí por tu vida. —Miró a Laura y añadió—: Me alegro de que a usted tampoco le haya pasado nada, señorita.

—Nos caímos al agua, pero nos salvamos.

—Voy a comunicar a la comandancia que están bien para que no les sigan buscando. No temas por tu balandro, Bryan, me han dicho que está bastante bien, creo que lo salvaremos. Enviaré a una barcaza para que lo enganche y remolque, si es que no tiene una gran vía de agua.

Cuando se hubieron alejado del propietario del astillero, Laura objetó:

—¿Qué habéis querido decir? Hablabais como si yo hubiera

estado en ese balandro cuando no es así.

—Te confesaré que he querido comprobar que yo no estuve alucinado, Laura. No sólo para mí sino para otros, tú estuviste aquí y subiste conmigo al Tritón. Si hicieran falta testigos para un tribunal, los tendría.

—Eso es absurdo, yo no estuve aquí.

—Es cierto, aquí estuvo una mujer que se hizo pasar por ti.

—¿Y la confundiste conmigo?

—Sí.

—No es posible… ¿Tan poco te habías fijado en mí?

—Creo que ella empleó mañas diabólicas. Te juro que eras tú misma, quizá en la forma de hablar, no, pero ella tomó tu aspecto y se hizo conmigo a la mar.

—Pero ¿por qué, para qué?

Bryan recordó lo ocurrido en su balandro, la obsesión de Lilith por rendirlo al mundo de la lujuria; juzgó que no era conveniente pormenorizar demasiado.

—Creo que era Lilith.

—¿Lilith?

—Sí, ella, aunque no se parecía en nada a la mujer del Luna Negra. Eras tú misma, me costó descubrir el fraude; tuvimos una discusión e, inopinadamente, me arrojó al agua.

—¿Para que te ahogases?

—No me cabe ninguna duda.

—¿Y ella?

—No lo sé, se alejó en el balandro. La vi reírse mientras desaparecía.

—¿Seguirá en el balandro?

—No creo, la habrían descubierto.

Pese a las explicaciones, Laura no terminaba de asimilar lo que Bryan le contaba.

—¿Qué piensas hacer, vas a denunciarlo a la policía?

—No, no es asunto de la policía.

—¿Por qué?

—Porque te harían a ti responsable, recuerda que luiste tú quien subió al balandro. Es preferible que quede como que nos salvamos los dos.

—Mi padre podría atestiguar que estaba en casa.

—El testimonio de tu padre es parcial, nadie lo tendría en cuenta. Averiguaré lo sucedido. Bueno, en realidad ya lo sé, pero tengo qué volver a hablar con esa maldita mujer.

—Y yo también si ha usurpado mi personalidad.

—Déjame hacer a mí, Laura, es muy peligrosa.

—No me gusta todo esto, Bryan. ¿Y dices que seguro que es esa Lilith?

—Sí, me temo que sí.

—¿Por qué crees que haría lo que hizo?

—Por vengarse, supongo; recuerda que prometió hacerlo.

—Bryan, esa mujer es una bruja.

—¿Crees en las brujas?

—Antes, no, pero ahora…

—Yo diría que es más que una bruja.

—¿Piensas que es de verdad la Lilith que cita la leyenda del Talmud?

—Si afirmara una cosa semejante, seguro que me encerraban en una clínica mental.

—Dios mío, parece absurdo pero estamos hablando de diablos y diablesas, es increíble.

—Tendré que hablar con Lilith, ahora sí creo que ocurren cosas muy extrañas con tus amigas embarazadas. Por cierto, como el tema me interesó, estuve leyendo lo que se sabe respecto a Lilith; un judío amigo mío me prestó un libro.

—¿Y qué sacaste en limpio?

—Se dice que Lilith era un diablo hembra que gozó lujuriosamente con Adán. Ella no podía engendrar y si hacía el amor con un hombre casado, quien engendraba era la esposa de ese hombre.

—Sí, ya me dijiste algo de eso y que los hijos son demonios íncubos o súcubos, según el sexo. Pero eso no es más que una leyenda, posiblemente escrita en forma metafórica. Lo que importa es la interpretación y no el tomar al pie de la letra lo que dice, entre otras cosas porque las traducciones a los distintos idiomas pueden llegar a alterar el texto original. No puedes creer que Lilith siga existiendo.

—Yo no creo, pero podría jurar que ayer subiste al balandro conmigo y sólo cabría error si tuvieras una hermana gemela.

—No la tengo.

—Ese viejo lobo de mar que has visto podría corroborar mi testimonio, es lo que me hacía falta para que yo mismo me convenciera de que ayer no sufría una alucinación.

CAPÍTULO IX

El matrimonio viajaba en su automóvil por la estrecha carretera de asfalto humedecido por una lluvia fría que no había estado lejos del aguanieve.

Iban en silencio, observándose mutuamente de reojo de vez en cuando.

El hombre había cumplido ya los cuarenta y la mujer bordeaba los treinta y cinco.

Parecían sanos y bien alimentados; sin embargo, había cierta frustración en sus ojos, en sus rostros.

—Verás cómo esta vez tenemos suerte —le dijo él tomando la curva casi al mismo tiempo que otro vehículo que venía en dirección contraria.

—Hoy día es tan difícil encontrar un niño para adoptar, hay crisis de niños abandonados.

—Pues a mí me parece bien que las madres solteras vayan concienciándose de que deben ocuparse de sus hijos.

—No seas tonto, Stephen. Los matrimonios honrados y bien instalados socialmente como nosotros, que no podemos tener hijos, acabaremos sin poder adoptar si esas furcias se los quedan todos.

—Son sus madres —rebatió él sin demasiada fuerza.

—Las criaturas no tienen la culpa de que ellas carezcan de moral. Hay que darles hogares honestos y económicamente sólidos. Si ellas no han sabido guardarse ¿cómo pueden cuidar y educar luego a sus hijos?

—A mí me parece que…

—¡Calla, calla! —se puso a sollozar.

—Vamos, vamos, eso son nervios, verás cómo hoy sale todo bien. Tendremos un hijo que educar y el día de mañana heredará

todas las riquezas que podamos acumular.

—Sí, sí, hay que trabajar para él y darle de todo.

—Eso es y si no es un hijo, que pueda transmitir mi nombre, no interesa, hemos de ser exigentes. Tengo un comercio con sesenta empleados y soy un hombre importante.

—Claro que sí. Ove, Stephen, ¿y si nos dan un niño enfermo?

—Verás cómo no, quítate esos malos pensamientos de la cabeza. Será un niño sano e inteligente, la educación lo es todo.

Siguieron hablando sobre la posible adopción y llegaron al pequeño pueblo, dirigiéndose a una finca de la que tenían las señas. La mansión parecía bien acondicionada y les franqueó la entrada una mujer vestida con bata blanca mientras dos perros negros permanecían vigilantes, observándoles con sus ojos enrojecidos.

—¿Son los señores Harrow?

—Sí, somos los Harrow —asintió la mujer, no exenta de orgullo.

—Síganme, por favor, la doctora les espera.

Fueron conducidos a un despacho funcional. Tras una mesa de cristal muy aséptica había otra mujer vestida de blanco, una mujer que si hubieran pasado por el Luna Negra habrían identificado como Nefer, la jefa del mostrador.

—Bienvenidos, señores Harrow. ¿Traen ustedes todos los documentos necesarios?

—Sí, sí —se apresuró a decir el hombre, carraspeando; se sentía un tanto emocionado.

—¿Ya, ya tienen el niño?

—Ha habido mucha suerte. En nuestra clínica femenina, los niños entran con cuentagotas, es muy difícil todo el proceso, muy difícil. Aquí cuidamos a las madres hasta que dan a luz, ellas entregan al niño y ya nada saben de él. No sé si les habrán informado de que el niño será inscrito como nacido de ustedes, me refiero a hijo legítimo.

—Pues sí, algo nos han dicho, pero no acabamos de creerlo —dijo la señora Harrow.

—Esta tramitación es un poquito —carraspeó— digamos ilegal, pero estoy segura de que ustedes guardarán el secreto, les conviene.

—Sí, sí, claro, figurará como nacido de nosotros, pero ¿y la inscripción en el registro?

—No se preocupen, el registro de este pueblo está controlado

por mí. Yo misma firmaré el certificado de nacimiento y luego vendrá la inscripción correspondiente. No sería mala cosa que usted, señora Harrow, no apareciera por su casa hasta dentro de unos meses, así, al regresar, podría decir que los aires de otra parte le han sentado muy bien para convertirla en madre.

—¿Qué opinas tú, Stephen?

—Ah, pues bien. ¿Hay hotel en este pueblo?

—Aquí no, pero ya le daré una tarjeta y podrá instalarse en un hotelito discreto de la costa. Allí nadie la molestará y cuando lo juzgue conveniente, regresará a casa con el niño.

—¿Podemos ver al bebé?

—Sí, sí. Mi secretaria tomará nota de los datos y mientras podemos ver a la criatura.

Se hizo seguir por el ansioso matrimonio Harrow y llegaron a una habitación pequeña y caldeada. Allí había una cuna y un niño que dormía con los ojos muy apretados.

—Éste es.

—¡Uy, qué monada! —exclamó la mujer.

—¿No es algo oscuro de piel? —objetó el marido.

—Eso no tiene importancia, le pasamos un poco de sesión de rayos ultravioleta para ayudarle en la sintetización de la vitamina D. Es un sistema moderno para que los niños sean más sanos.

—¿Seguro que no tiene sangre negra? —insistió el hombre, algo dubitativo.

—Garantizado —respondió la doctora—. Conocemos a la madre y también al padre, pero eso es ya un secreto enterrado.

—¿Qué te parece, Stephen?

—Lo veo un poco pequeño.

—¡Qué sabes tú de eso! ¿Puedo cogerlo?

—Sí, sí, puede cogerlo, pero con mimo —le dijo la doctora.

El niño se removió, lloró un poco y al ser balanceado, volvió a dormirse.

—¡Mira, Stephen, mira, ya me conoce! —exclamó la señora Harrow.

—Sí, eso parece.

—¿Y la alimentación?

—Ya le daremos una ficha. En las farmacias expenden gran variedad de productos para alimentar a los bebés —dijo la doctora.

—¿Y si le diéramos leche humana?
—La verdad, ignoraba que usted pudiera…
—Yo no, pero si pagamos a una chica. ¿Tú qué dices, Stephen?
—Que eso de las nodrizas antes era barato, pero ahora me va a costar un riñón.
—¡Tacaño! El niño será tu futuro heredero y querrás que se críe alto y fuerte, ¿no?
—Sí, claro.
—Puedo recomendarles una nutrición mixta —sugirió la doctora—, de este modo no tendrán que depender exclusivamente de una nodriza. Recuerden que, para todo el mundo, el hijo es de usted, señora Harrow. Sólo los entregamos bajo esta condición y lo hacemos por el bien del niño. Así tendrá la más absoluta legalidad en todos los aspectos y no se verá marginado en el futuro. Créame, antes de escogerles a ustedes entre doscientos matrimonios aptos para la adopción.
—¿Has oído, Stephen? ¡Entre doscientos, qué suerte!
—Ustedes nos han parecido los más adecuados por su posición social y por no tener ningún otro hijo que pueda entablar una rivalidad con éste.
—¿Y qué nombre le pondremos?
—Pues el que ustedes elijan, será su hijo a partir de la firma de los documentos.
—Vamos a firmar esos papeles —pidió la señora Harrow, impaciente.
—Dentro de pocos minutos vendrá el funcionario que lleva el registro oficial de nacimientos en este pueblo.
—¿Le tenemos que pagar algo? —preguntó Stephen Harrow.
—Ustedes, no, nosotras nos encargamos de toda la tramitación. Lo que usted tendrá que abonar son los gastos del parto de la madre y la burocracia, poca cosa, menos de la mitad de lo que le habría costado en otra parte. Nuestro único interés es colocar bien a estas criaturitas.
Dos horas más tarde, después de firmar documentos, el auto de los Harrow abandonaba la clínica femenina Nefer. La señora Harrow se había acomodado en el asiento posterior y llevaba en sus brazos una canastilla con el pequeño Stephen dentro.
—Qué suerte hemos tenido, ¿verdad?

—Sí, mucha suerte, no había pensado que nos resultara tan fácil y hasta lo he encontrado barato.

—Ya lo has oído, lo único que les preocupa es colocar bien a los niños.

—Debe ser una sociedad filantrópica secreta porque no quieren dar nombres. Quizá sea una forma para cuidar de las madres solteras descarriadas. Oye, no sería drogadicta la madre, ¿verdad?

—No, hombre, nos lo hubieran dicho. No seas aguafiestas, ¿es que sólo vas a buscar defectos?

—No, pero como no conocemos a la madre…

—Mejor, porque la madre ahora soy yo, es como si acabara de parirlo.

—A esto sí se le puede llamar un parto sin dolor —ironizó el marido.

Mientras, en la supuesta clínica femenina, Nefer entreabrió una puerta y se introdujo en un despacho de barroca decoración. Sentada en una butaca, bebiendo de un vaso largo, estaba la bella y sensual Lilith.

—¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien. Ese matrimonio Harrow cuidará al niño sin problemas y aunque les salga un asesino lo disculparán.

—Magnífico. No hay que perderles de vista y sin que ellos lo sepan, iremos visitando al niño, es uno de mis hijos.

—No le perderemos de vista. Es un matrimonio fácilmente controlable, de fuertes raíces provincianas y con un negocio que les sujeta. El hijo de Jennie Hamilton ya ha quedado bien colocado, la madre murió pero el niño pudo salvarse.

—Los hijos de Lilith sobreviven siempre. Hemos de expandirnos por toda la Tierra hasta pudrirla por completo y demostrar así que Satán es el rey. No perdáis de vista a Bárbara; no se acordará de lo que pasó en el Luna Negra, pero es una chica propensa al suicidio y no quiero que se pierda el fruto que lleva en sus entrañas.

—Si quieres, la traemos aquí y la internaremos.

—Por el momento, no, no hay que llamar la atención, pero si hiciera falta la traeríamos. Cuando haya dado a luz, que haga lo que quiera, ya no importa.

—Así se hará, Lilith.

Bebió del vaso largo y después preguntó:

—¿Se ha sabido algo de Bryan y Laura?

Capítulo X

Anochecía cuando Bryan empujó la puerta del Luna Negra.

En el interior apenas podían oírse las voces de los clientes, ahogadas por la música ambiental. Las luces del pequeño escenario permanecían apagadas y no había nadie en él.

Los clientes bebían o contaban sus penas a las chicas de alterne del local a las cuales Lilith llamaba «sus hijas».

—¿Quieres una mesa? —le preguntó la que hacía de *maître*.

—No. ¿Dónde está Lilith?

—No está aquí ahora.

—¿Tardará?

—No lo sé, ella es la patrona y puede hacer lo que quiera. Quizá venga dentro de una hora, dos, o no se presente en toda la noche.

—Esperaré.

Se acercó a la barra y se sentó sobre uno de los altos taburetes. Nefer le preguntó:

—¿Qué quieres tomar?

—Un *bourbon* con hielo.

—Ahora te lo sirvo.

Se sintió intensamente observado por las chicas que allí estaban, mujeres bellísimas que le sonreían abiertamente desde detrás de las cortinas de humo que ellas mismas provocaban con los cigarrillos que fumaban.

Sus bellezas quedaban muy a la vista. Era lógico que los hombres que se sentían frustrados en sus matrimonios, al encontrarse frente a aquellas mujeres que se ofrecían sensuales, con tanta generosidad, se convirtieran en asiduos del club.

No dio pie a las chicas para que se le acercaran, aunque dos de ellas lo hicieron. Bryan sintió cómo una de ellas le acariciaba el

muslo sin ambages mientras la otra le pasaba los dedos por la nuca, buscando excitarle.

—Dejadme, no he venido a por vosotras.

—¡Largaos! —ordenó Nefer tajante.

Las dos chicas se apartaron de Bryan haciéndose las ofendidas, pero sonriéndole al mismo tiempo, como queriendo indicar que estaban dispuestas para cuando lo deseara.

—No hay muchos clientes esta noche y están algo pegajosas —comentó Nefer—. Claro que es su trabajo.

—No hay demasiados clientes aquí, parece haber un exceso de chicas.

—La patrona está pensando en abrir un nuevo Luna Negra en otro punto de la ciudad y trasladar a algunas chicas allá.

—¿Este local nocturno lo ha montado Lilith por negocio o por otra cosa?

Nefer le hablaba acodada en el mostrador, observándole, mientras Bryan bebía el *bourbon* que le habían servido.

—Oye, no habrás drogado la bebida, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió ella con una sonrisa que tenía mucho de desafío.

—Algunas lo hacen en bares como éste para meter la euforia en el cuerpo, así nos convertimos en peleles para vosotras.

—Tú no eres un tipo que se vuelva fácilmente un pelele. —Al decir aquello, Nefer miró hacia la puerta. Bryan siguió la dirección de sus ojos y descubrió a quien acababa de llegar.

—Lilith…

Lilith iba a pasar de largo junto a ellos, pero Bryan extendió su brazo y le cortó el paso.

Lilith se detuvo y le observó con ojos desafiantes; después, debilitó su hostilidad y sonrió.

—Vaya, si es el que me rechazó.

—¿A qué rechazo te refieres, al del escenario o al del barquito?

—¿Qué barquito?

—Lilith, sé quién eres y de lo que eres capaz o, por lo menos, de algunas cosas de las que eres capaz.

—¿Cómo qué cosas?

—Puedes cambiar tu aspecto físico y parecerle a quien desees, pero ya viste que ese truco no te salió bien conmigo.

—Si no me tienes miedo, ven conmigo.

Lilith echó a andar. Bryan se bebió el *bourbon* y abandonó el mostrador. Nefer quedó tras él.

Acompañó a Lilith hasta su despacho, cruzando la puerta tapizada en rojo que advertía: prívate.

—Siéntate, hablaremos —le dijo Lilith, quitándose el abrigo que llevaba puesto.

—Estoy aquí para hacerte algunas preguntas.

—¿Haciendo de policía? —se burló ella mientras se quitaba el vestido delante de Bryan, sin preocuparse de buscar el biombo.

—Tú tienes que ver con dos chicas, llamadas una Jennie y la otra Bárbara.

—No sé de quiénes me hablas.

—Mientes.

—No voy a molestarme.

Buscó un *complet* de malla negra. Parecía complacerse ondulando su desnudez ante los ojos del hombre.

—Es que no puedo comprender que tengas milenios de existencia.

Lilith volvió a reírse de él.

—Soy inmortal, Bryan, inmortal, aunque sí cambio de cuerpo. No siempre he sido igual; ha habido épocas eh que los hombres las han preferido obesas, otras veces delgadas, con cabello largo o corto.

—¿Así que admites ser una secuaz de Satanás?

—¿Y qué ganaría negándolo si tú lo crees así?

Se puso el *complet* de malla gruesa que se amoldó a su cuerpo como una segunda piel.

—¿No temes que te denuncie?

—Hazlo, nadie te creería.

—En eso tienes razón.

—Te tomarían por loco y te encerrarían en un psiquiátrico; de allí, probablemente, no saldrías jamás.

—Eres la maldad encarnada en un cuerpo bello y sensual de mujer.

Ella se rió, maligna.

—¿Qué te propones haciendo que tus victimas queden embarazadas?

—Eso no puedo contártelo.

—¿Por qué, me tienes miedo?

—¿A ti, a un hombre mortal?

—Los hombres morimos, pero también podemos matar —le advirtió poniéndose en pie.

—¿Tratas de asustarme?

—A ti hay que eliminarte de alguna forma. Si no te recordara a bordo de mi balandro, riéndote después de arrojarme al mar, ni siquiera hubiera pensado en lo que puedo hacer ahora contigo.

—¿Y qué es ello, asesinarme?

—Sí.

—Inténtalo.

—Sé que nadie podrá comprender lo que voy a hacer y que me juzgarán por asesino y me condenarán, pero creo que alguien tiene que hacerlo.

—¿Así, fríamente?

—No me dejas otra salida. Eres un ser del averno, no perteneces a este mundo y debes regresar con tu Satanás.

Rodeó el cuello femenino con sus manos y comenzó a oprimirlo. Lilith no gritó.

—Dios mío, perdóname por lo que voy a hacer —musitó Bryan mientras apretaba más y más sus manos, estrangulándola.

Miró sus ojos y vio aquellas pupilas que ya conocía, unas pupilas que semejaban diminutas hogueras clavándose en él.

El rostro de Lilith fue oscureciéndose, notó que el cuerpo femenino se agitaba bajo sus manos.

Lilith alzó los brazos para apartar a Bryan y no lo consiguió, la fuerza del hombre era muy superior.

Sin poder gritar, pues se ahogaba por momentos, Lilith alzó sus dedos y arañó el rostro varonil que aguantó los zarpazos que le arrancaron la piel.

Cuatro surcos en cada mejilla se tiñeron de rojo antes de que los brazos de Lilith cayeran exánimes.

Bryan notó el peso de ella, ya no se sostenía sobre sus pies, pero siguió estrangulando el cuello de Lilith hasta que se convenció de que estaba sin vida.

—Te he matado… Si la justicia quiere acusarme de este crimen, tendrá que demostrar que existías y quizá eso sea más difícil de lo

que parezca.

La arrastró hasta el diván y la depositó en él. Había matado al mal personificado en un cuerpo de mujer, un cuerpo todo tentación que invitaba a la lujuria, a la fornicación, mas no era ningún sádico. Se inclinó sobre ella y le auscultó el corazón que ya no latía.

—Espero que hayas tenido un feliz regreso al infierno. Eres diabólicamente bella, pero tenía que hacerlo.

Se miró las manos que consideró homicidas, suspiró y se encaminó hacia la puerta. De pronto, una carcajada burlona le heló la sangre. Se volvió despacio y vio a Lilith en el diván, mirándole con sus ojos que habían vuelto a ser vivaces. Se reía, se reía de él…

—¿Creíste que podías matarme? —siguió riendo—. ¿Olvidas que soy Lilith? Los diablos, seamos súcubos o íncubos, no morimos, sólo vamos y venimos según nos conviene. Tócame, tócame, estoy viva y caliente, muy caliente. Ahora podrías amarme con intensidad, te derretirías entre mis brazos como la mantequilla en el fuego. Vamos, ven, ven a mis brazos ahora que has comprobado por ti mismo que no puedes nada contra mí.

—¡¡Noo!!

—Sí, ven, ven a mis brazos. No puedes escapar a mi llamada, ningún hombre puede escapar a la llamada de Lilith, todos sucumbís. ¿Por qué luchas, por qué te resistes?

—¡Yo no sucumbiré!

—Tú, como todos, como todos.

—¡No!

—Te estás tambaleando, ya no puedes resistir más, los párpados te pesan, tienes sueño…

—Me voy.

Se volvió hacia la puerta, pero ésta no cedió; no podía salir del despacho privado de Lilith.

—Está cerrada y es más sólida de lo que supones; además, el pomo quema, quema mucho, está al rojo.

Bryan apartó rápidamente su mano del pomo y se la miró. En su piel quedó la marca de una larga quemadura.

—¡Eres diabólica!

—Soy un diablo súcubo y tú un hombre que ya no puede tenerse en pie. Te venceré, Bryan, te doblegaré hasta que me supliques piedad.

Bryan comenzó a tambalearse, la propia imagen de Lilith se borraba en sus ojos.

—¿Qué me habéis dado, droga?

Ella seguía riendo como lo había hecho en el balandro.

Quiso avanzar hacia Lilith, pero no dio más de dos pasos. Derribando una mesita y una silla, cayó casi a los pies de Lilith que seguía riéndose de él.

CAPÍTULO XI

Mientras circulaba rápida a bordo de su automóvil, Laura recordaba que había fruncido el ceño al escuchar la voz de su padre a través del teléfono.

—Laura, ven al hospital.

—¿Ahora, papá?

—Sí, ahora.

—¿Te encuentras mal, te ha sucedido algo? —le preguntó, notando cómo la angustia trepaba por sus piernas aferrándose a sus huesos para enfilar por el espinazo y atenazarle el cráneo dolorosamente. Era una angustia súbita e incontrolable.

—No, no temas, estoy bien, ven. —Y colgó.

Laura había lanzado un largo suspiro al oír en la propia voz de su padre que se encontraba bien.

Había tomado su automóvil y se dirigía rápida hacia el hospital; tenía prisa en llegar, por ello cruzó un ámbar cuando ya entraba el color rojo en el semáforo, arriesgándose a chocar contra algún otro vehículo que cruzara al entrar su verde.

Escuchó claxonazos de protesta, pero todo fue bien. Llegó al hospital donde aparcó sin dificultades, la mayoría de los médicos se hallaban en sus hogares. Allí sólo quedaban los facultativos de guardia.

Las clínicas ambulatorias estaban cerradas y los enfermos, en sus camas, mascaban su dolor, su tragedia, su esperanza por sanar o su desesperación al saber que ya no había remedio.

Un departamento tenía siempre luz nocturna, estaba funcionando siempre, era el de Patología y Disección. Allí se turnaba un equipo de médicos que se dividían en tres turnos.

El más duro era el de noche y el doctor Floid Emerson lo había

escogido por propia voluntad, con un gran suspiro por parte de sus compañeros.

Al doctor Floid le gustaba trabajar en silencio, con pocos ruidos, sin agobios y estudiando cuidadosamente los casos más difíciles.

La noche era propicia para las muertes. Morían seres humanos en las camas del hospital, pero también morían, y en más abundancia de la deseada, los traumatizados por la violencia de la gran ciudad.

Laura avanzó por los interminables corredores subterráneos del gran hospital. Al fin, llegó ante el despacho de su padre.

—Hola, Laura, te esperaba.

—¿Qué ha pasado, papá?

—Ven —pidió lacónico.

Siguió a su padre hasta la sala de disección. Allí había varias mesas ocupadas por cuerpos humanos desnudos y ocultos bajo lienzos blancos.

Floid Emerson levantó parte de una de las sábanas para descubrir un rostro y preguntó:

—¿La conoces?

—¡Bárbara! —exclamó ahogadamente.

—Estaba seguro de que sería ella por lo que me contaste.

—Dios mío, Dios mío… ¿Cómo ha sido?

El doctor Emerson volvió a cubrir el rostro exangüe.

—He tenido que coserle la cabeza al tronco, estaba prácticamente decapitada.

Estábamos analizando si su sangre iba cargada de droga y alcohol.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Circulaba a excesiva y temeraria velocidad, lo que por desgracia no es nada raro en las noches de la gran ciudad. Por lo visto, cambió al carril contrario imprudentemente, cuando venía un camión. El camionero dice que pisó el freno, pero ya no fue posible evitar la tragedia, el coche de esta desgraciada se metió debajo del camión.

—Qué horror —gimió Laura, temblando todo su cuerpo.

—El camionero dice que ella se le echó encima, ese pobre hombre lloraba como un niño. Si alguien desea suicidarse, lo que jamás debe hacer es complicar a nadie en su muerte. Posiblemente

ese hombre quedará afectado toda la vida por lo ocurrido.

—¿Crees que ha sido suicidio?

—Me inclino a suponer que sí, aunque sólo Dios y ella lo saben.

Unas lágrimas asomaron a los ojos de Laura.

—Estaba embarazada —explicó.

—Ya lo he notado. Pienso que cuando se entere el camionero aún sentirá más cargada su conciencia pese a que es inocente de lo ocurrido.

—Temía que sucediera algo así.

—En todo esto, hija, hay cosas muy extrañas. Ya te conté lo que me pareció el caso de Jennie Hamilton; ahora, esta mujer joven, y las dos tenían que ver con la empresa en que tú trabajas.

—También tenían que ver con un local nocturno llamado Luna Negra, un lugar nada recomendable.

—Verás, es que he descubierto algo similar entre las dos.

—¿Algo similar?

—Sí, en la otra apenas se notaba debido a que quedó quemada, pero mira… —Alzó de nuevo la sábana, ahora a la altura del vientre.

—¿Qué es eso?

—Una cicatriz reciente, fruto de una quemadura y no parece casual.

—Es una «L», ¿no?

—Sí, parecen haberla marcado como a una res.

—¿Jennie también la tenía?

—Sí, no se podía ver completa pero la tenía, no me cabe duda.

—¿Y qué crees que significa eso?

—No lo sé, pero intuyo que las dos muertes tienen conexión. Laura, quería que vieras esto para que te cuidaras; tengo la impresión de que algo diabólico te ronda.

—No tengas miedo, papá, me cuidaré.

Apenas media hora más tarde, Laura abandonaba el hospital. Al abrir la portezuela de su coche se sobresaltó al ver junto a ella a una figura inesperada.

—No temas, soy una amiga.

—¿Una amiga? No la conozco.

—Subamos al coche —le invitó aquella desconocida a la que en realidad había visto en el Luna Negra. Aquella mujer era Nefer.

—Un momento, yo no tengo por qué ir con usted a ninguna parte.

—Bryan te necesita.

—¿Bryan? —repitió, encogiéndosele el corazón.

—Sí, está en problemas y te necesita, vamos.

Ante el nombre de Bryan, Laura condujo su coche siguiendo las indicaciones que le hizo Nefer.

Cruzaron las calles de la ciudad, solitarias e iluminadas por las frías farolas. El cielo estaba encapotado, no se podían ver las estrellas; quizá no tardara en llover.

—¿El Luna Negra? —exclamó Laura al ver adonde se dirigían.

—Bryan está dentro, te espera.

Laura dudó. Al ver que Nefer no se preocupaba mucho de ella, aparcó frente al club ahora cerrado al público, «por descanso de las empleadas» según rezaba un cartel. Optó por seguir a Nefer y se infernó en el local.

Se palpaba en el ambiente algo desagradable, quizá por hallarse vacío. Laura se sentía intranquila, pero siguió en silencio a Nefer que la invitó a cruzar una puerta.

De pronto, se encontró ante algo que la sorprendió y tuvo que parpadear para convencerse de que no estaba soñando.

Aquello era una sala de torturas medieval, una sala equipada con los más aterradores instrumentos. Vio a unas mujeres que llevaban capuchas rojas ocultando sus rostros. Los torsos estaban desnudos y de cintura para abajo se cubrían con ajustados pantalones rojos y botas de alta caña.

Todo le habría parecido carnavalesco si no hubiera descubierto a Bryan encadenado a una de las paredes.

—¡¡Bryan!! —gritó.

—¡Laura!

Antes de que la joven lograra acercarse al hombre, las encapuchadas la cogieron. Laura se debatió para librarse de ellas, no lo consiguió y no tardó en verse encerrada en la estrecha jaula vertical.

—¡Sáquenme de aquí, Sáquenme!

Los gritos de Laura y del propio Bryan resultaron inútiles. Ambos se callaron cuando Lilith apareció vestida con un *complet* negro que ceñía su cuerpo escultural desde el cuello a los pies.

—¿Qué dices ahora, Bryan?

—¡Suéltala, suéltala a ella y haré lo que quieras!

—¿Seguro que harás lo que te pida? —insistió Lilith, brillando en sus ojos aquellas lucecitas rojas que eran como diminutas hogueras.

—Sí.

—¡No, Bryan, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte, es una asesina! —gritó Laura desesperada.

—Tranquila, Laura. Tú saldrás con bien, ¿no es cierto, Lilith?

—Si tú cedes, sí.

—Está bien, soy tu esclavo.

—Recuerda lo que estás diciendo. Si no cumples, ella lo pagará muy caro. Mis hijas no la dejarán salir con vida. ¡¡Soltadlo!!

Una de las encapuchadas le soltó la cadena de las muñecas. Al verse libre, Bryan intentó acercarse a Laura, pero tres de las encapuchadas introdujeron dagas entre los hierros de la jaula, amenazando el cuerpo de la muchacha.

—Vamos —le ordenó Lilith—. No querrás que la maten, ¿eh?

Bryan bajó la cabeza y siguió a Lilith mientras Laura, dentro de la jaula, se mordía los labios para no gritar.

CAPÍTULO XII

—No, aquí no —le dijo Bryan a Lilith.

—¿Dónde, entonces?

—En mi apartamento.

—¿Por qué?

—No sé; pensando que Laura está aquí al lado no podré responder bien a tus exigencias sexuales.

—Sí, puede ser, los hombres sois muy especiales. Vamos entonces.

En la calle aguardaba el automóvil del propio Bryan y hacia él se encaminaron. Bryan iba manso, no seducido pero sí resignado. Lilith lo miraba sonriente, satisfecha de sí misma.

—Cuando me conozcas bien, cuando te abrases en mí, sólo desearás estar conmigo y olvidarás a esa Laura.

—No será fácil —rebatió Bryan.

—Yo me cuidaré de que sea así. Tú no has conocido aún el verdadero placer; jamás podrás gozar con otra como lo harás conmigo, ya lo verás.

—Será difícil que me ponga en situación.

—Hay tiempo y yo me cuidaré de que así sea.

Puso el coche en marcha y se alejaron del club. Las calles estaban vacías y comenzó a lloviznar agua nieve.

—¿Y nada puede vencerte a ti?

—Nada, ya lo has visto. Tú mismo me has estrangulado —se rió Lilith.

—Eres eterna, ¿verdad?

—Sí, eterna.

—¿Y qué consigues tentando a los hombres con la lujuria?

—Entregar esclavos a mi señor Satán. ¿Te parece poco?

El cristal parabrisas comenzó a enturbiarse y Bryan puso en marcha los limpiaparabrisas. El zum-zum comenzó a sonar, monótono e incansable.

De pronto, Bryan hizo un giro de volante y subió sobre un bordillo de acera al tiempo que desconectaba los limpiaparabrisas para que de esta forma no pudiera verse lo que había delante, es decir, dónde estaban en aquellos momentos.

—¿Qué haces?

—Hemos llegado.

Bryan saltó del coche y abrió el portamaletas situado en la parte posterior. De él sacó una cadena con dos candados, una cadena que normalmente utilizaba para asegurar su balandro en según qué malecones atracaba.

Se acercó a la portezuela por donde tenía que salir Lilith, la abrió y sin que ella tuviera tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, le rodeó el cuello y cerró un candado entre dos eslabones.

—¿Qué haces?

Sin contemplaciones, sabiendo muy bien con qué clase de ser maligno trataba, Bryan estiró de la cadena arrancándola materialmente del coche.

Tambaleándose, encadenada por el cuello, Lilith tuvo que seguirle y subió por unas escalinatas.

—¡Suéltame, suéltame! —gritó Lilith, furiosa, sintiendo que su cuerpo se empapaba de fría agua nieve.

Bryan no soltó a su presa. Se hallaba frente a un secular convento rodeado de jardines.

Centrada en uno de ellos se alzaba una antiquísima cruz de hierro forjado.

Sin atender a gritos ni a lamentos, Bryan rodeó el pie de la cruz con la cadena y le puso el otro candado, dejando bien sujeta a Lilith que comenzó a revolcarse sobre la hierba que crecía en torno a la cruz. Bryan vio que babeaba una espuma amarillenta, como si estuviera rabiosa.

—Ahora estás bien sujeta —le dijo sin que ella, con los ojos encendidos, debatiéndose tratando de escapar, pudiera responderle.

Comenzó a vomitar extrañas palabras en una lengua desconocida y en un tono de voz que parecía impropio de su garganta mientras toda ella despedía un hedor insoportable.

Bryan corrió hacia su coche, Laura aún estaba en peligro. Lo puso en marcha y accionó el limpiaparabrisas porque nada veía. A través del cristal, miró hacia Lilith y quedó perplejo.

Encadenada a la cruz ya no estaba Lilith si no una gran perra negra con los ojos encendidos en color rojo sangre, una enorme perra que daba tirones a la cadena tratando de escapar.

Poniendo la marcha atrás, hizo saltar el coche de la acera a la que había subido. Dio media vuelta y se lanzó a gran velocidad de regreso al Luna Negra. Estacionó delante del local y al encontrar la puerta cerrada, la abrió de un patadón.

Penetró en el club donde apenas había luz. Todo aparecía absolutamente vacío.

Llegó hasta la puerta que daba acceso a la sala de torturas montada para el placer sadomasoquista de los pervertidos sexuales que por un poco de dinero podían torturarse unos a otros, buscando así la excitación de la libido.

Empujó la puerta con suavidad y luego lo hizo con rapidez. En el interior no descubrió a ninguna de las encapuchadas, sólo estaba Laura dentro de la jaula de torturas.

—¡Laura!

—¡Bryan!

—¿Dónde están ellas?

—No lo sé, han desaparecido de pronto, estoy aterrada.

—No temas, pronto saldrás de aquí.

Forcejeó con la jaula hasta abrirla y liberar a Laura que se echó en sus brazos sollozando de miedo.

—¡Salgamos antes de que puedan regresar!

—¿Y Lilith?

—Ya no nos puede hacer nada —respondió mientras se la llevaba fuera del local. De pronto, algo comenzó a chisporrotear; era un cortocircuito que no tardó en prender en la decoración. Era como si el local se preparara para desaparecer y que no quedara huella de su existencia.

Cuando salieron a la calle ya se olía el humo. Laura preguntó:

—¿Avisamos a los bomberos?

Bryan miró el edificio y se dijo que allí no había más que unos apartamentos extraños que pertenecían al propio club.

—Déjalo, ya avisarán los vecinos. Subamos al coche.

Aquella noche, un fraile del convento, agitado pollos constantes aullidos lastimeros de una perra, no hacía más que dar vueltas en la cama de su celda.

Al fin, no pudo resistir más y calzándose las sandalias, salió a ver lo que ocurría.

Abrió la pequeña puerta, metida en el gran portalón del convento, y descubrió a una perra negra aullando junto a la cruz a la que permanecía encadenada. De vez en cuando, daba tirones a la cadena intentando escapar.

—Pobre animal, ¿quién lo habrá encadenado a la cruz para librarse de él? Se está mojando y es agua nieve, estará aterido.

Fue al pequeño armario donde guardaba herramientas y tomó una sierra para hierro.

Armado con ella, salió del convento sin importarle que el agua nieve cayera sobre su sayo.

Se colocó la capucha para protegerse, pero incluso sus pies iban sin otra protección que las sandalias fraileras.

—Ahora, ahora te suelto —le dijo, poniendo amor en sus palabras.

La perra, con la lengua caída entre sus colmillos, lo miró con sus ojos rojos mientras el fraile arremetía con la sierra para cortar el candado. Pacientemente, el hombre movió su brazo una y otra vez, mordiendo el acero del candado.

—Ya está —dijo al fin y soltó la cadena.

El fraile se apartó de la cruz, acercándose a la perra. Súbitamente, como agradeciendo, ésta saltó sobre su cuello y cerró sus mandíbulas con rabia.

El fraile se tambaleó y cayó al suelo mientras la gran perra negra, con las fauces goteando sangre, se lanzaba a la carrera, alejándose del convento arrastrando la tintineante cadena.

De pronto, sin que ella pudiera preverlo, un coche que venía lanzado, la alcanzó de lleno en mitad de la calzada, lanzándola por el aire mientras las mandíbulas del animal se abrían de dolor y por ellas escapaba un último aullido de agonía.

—Es ella —musitó Bryan en el interior del coche.

Laura volvió su cabeza para no verla.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts